Benjamin Constant

# El cuaderno rojo

Título original: *Le cahier rouge*

Benjamin Constant, 1907

Traducción: Manuel Arranz

Prólogo y cronología: Manuel Arranz

Diseño de cubierta: Editorial Periférica

El editor autoriza la reproducción de esta obra, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.2

# Prólogo

Constant *el Inconstante*

*Sola inconstantia constants*[1]

Lo mismo que otros famosos cuadernos de la historia deben sus nombres al color de las tapas de los cuadernos en que fueron escritos sus respectivos manuscritos, *El cuaderno rojo* de Benjamin Constant se lo debe al color de las suyas. Constant, sin embargo, había puesto un título clásico a su manuscrito: *Ma vie.* Pero puesto que ni lo publicó en vida, pues al parecer pensaba continuarlo o utilizarlo para otros fines (y en cualquier caso lo abandonó, reclamado tal vez por sus obras políticas o, sencillamente, cansado de él), la baronesa Charlotte de Constant, a quien fue a parar finalmente el manuscrito, y a la que debemos la primera edición del mismo en fecha tan tardía como 1907, prefirió el título, sin duda más enigmático y atractivo, de *El cuaderno rojo.* A fin de cuentas, ya había muchas *Ma vie* en aquella época, pero *El cuaderno rojo* era todavía un título original. Las diferencias entre aquella primera edición, que publicaría Calmann-Lévy en un pequeño volumen, poco después de haber aparecido en dos entregas ese mismo año en la famosa *Revue des Deux Mondes,* y el manuscrito original (ciento dieciocho folios escritos a mano por el propio Benjamin Constant) son numerosas, aunque no sustanciales.

Constant escribió *El cuaderno rojo* cuando tenía ya cuarenta y cuatro años, en 1811, como precisa en un pasaje del mismo, y a juzgar por todos los indicios del manuscrito lo retocó posteriormente, y es posible incluso que lo reescribiera por completo. Para entonces ya se había casado dos veces, la segunda en secreto, seguramente por temor a Madame de Staël, con quien seguía manteniendo una tortuosa relación, después de que ésta hubiese rechazado años atrás su proposición de matrimonio. Había escrito ya el *Adolphe,* y ese mismo año, si no antes, comenzaría *Cécile,* por limitarnos a sus obras más autobiográficas (Alfred Roulin ha apuntado la hipótesis de que tal vez las páginas de *El cuaderno rojo* fuesen originalmente las de los primeros capítulos de *Adolphe*, desechados por Constant).[2]

El relato de *El cuaderno rojo* abarca los primeros veinte años del autor, de 1767 a 1787, y más de la mitad del mismo está dedicado al último año, en el que se interrumpe de forma un tanto abrupta. Por lo que sabemos de su vida, tanto a través de los relatos de sus contemporáneos como de su copiosa correspondencia y *Diario íntimo*, el Benjamin Constant maduro no fue muy diferente del joven que aparece retratado aquí. Impulsivo, ingenuo, caprichoso, tímido, temerario, voluble, apasionado, indeciso, decidido, intrigante; en fin, una lista interminable de atributos contradictorios que hicieron de él un personaje singular, adorable para algunos, generalmente algunas, y aborrecible para otros, como suele ser casi siempre el caso de los temperamentos que mezclan la vehemencia con la indolencia en dosis similares. Hombres que, dicho en otras palabras, logran convertir sus peores vicios en sus mejores virtudes. Constant *el Inconstante* se llamaba a sí mismo con humor, otro rasgo éste de su compleja y contradictoria personalidad. Émile Faguet, en la célebre semblanza que hiciera de él, lo resume todavía mejor: «Un liberal que no es optimista, un escéptico dogmático, un hombre sin ningún sentimiento religioso que se pasa la vida escribiendo sobre la religión, un hombre de moralidad muy lasa que basa todo su sistema

político en el respeto a la ley moral; y, además, un hombre de una maravillosa rectitud de pensamiento y una conducta más que dudosa (…) nunca supo lo que quería, pero siempre supo lo que pensaba».[3]

El carácter autobiográfico de *El cuaderno rojo* está fuera de toda duda, y la mayoría de los hechos que relata se han podido documentar, aunque su valor no resida únicamente ahí. Charles Du Bos dijo de él que era «una obra maestra que en el género del retrato autobiográfico no tenía igual»,[4] y a pesar del tiempo transcurrido y de la proliferación de vidas y cuadernos de todos los colores, literarios y no literarios, que han aparecido y desaparecido desde entonces, *El cuaderno rojo* sigue conservando toda su frescura. Si tuviéramos que decir por qué, no nos iba a ser fácil. El perdurar en el tiempo es una cualidad de los clásicos, y al final no sabemos nunca si perduran porque son clásicos, o si son clásicos porque perduran. Posiblemente las dos cosas sean la misma. Pero sí podemos decir que hay algunas cualidades por las que se reconoce a los clásicos, y entre ellas no es la menor la observación inteligente y sincera del alma humana y de las fragilidades y contradicciones del hombre, que en el caso de Constant, como hemos dicho, no eran precisamente pocas. Éste era incapaz de disfrazar sus sentimientos, incluso cuando éstos no le favorecían. La sinceridad fue quizás su cualidad más alta, y su *Adolphe* o su *Diario íntimo* son la mejor prueba de ello. No es ésta una cualidad estrictamente literaria, evidentemente, pero sí la cualidad con la que se hace la buena literatura, la única literatura, incluso diría yo, pues la otra es indigna de ese nombre. Y, respecto a las cualidades propiamente literarias, en Constant podríamos decir que se daban por añadidura, a pesar, o quizás por eso mismo, de que nunca estuvo satisfecho de su obra, lo mismo que no lo estuvo de su vida. Y si bien es cierto que en ambos casos podía haber mucho de pose, tenemos que reconocer también que la insatisfacción y la inseguridad eran lo que le daba vuelo. De hecho, no otro fue el origen de sus éxitos y fracasos más rotundos en la vida.

Constant, en sus obras que consideró menores, y a las que dedicó mucho menos tiempo y estudio (las mencionadas *Adolphe, Cécile, El cuaderno rojo*, y posiblemente también su *Diario íntimo* y su abundantísima correspondencia, casi toda ella con mujeres), pues las mayores fueron para él las políticas y las religiosas, consiguió precisamente sus logros más imperecederos y universales. Esto es algo que ha sucedido con frecuencia en la historia de la literatura y que tiene su profunda razón de ser. No es una regla absoluta, pero las obras menores, las que se escapan de la pluma por así decirlo, suelen ser producto del genio, mientras que las mayores lo son del trabajo y del estudio. O si lo prefieren, mientras unas son producto del sentimiento, las otras lo son de la razón. Y, al contrario de lo que se dice a menudo, los sentimientos son imperecederos, mientras que la razón no lo es. Quince días dedicó a la composición inicial del *Adolphe,* y quince años a una apología del sentimiento religioso. (Seguramente fueron bastantes más de quince días, pues aunque la frase está en su *Diario íntimo,* Constant era muy dado a exagerar). Yo creo que si hay un caso en la literatura que pueda ilustrar la famosa, y seguramente falsa, dicotomía entre obras de la razón y obras del corazón, es precisamente el suyo. Por eso tal vez nunca dejó de amar a todas las mujeres que pasaron por su vida, que no fueron pocas, y nunca dio una relación por terminada. Eran, la mayoría de aquellas mujeres, cultas e inteligentes, generalmente mayores que él, y generalmente también casadas, y cuando les faltaba alguna de estas virtudes, la suplían con la belleza. La mayoría también mantenía un salón donde se rendía culto a la conversación, se leía, se escuchaba música, e incluso se conspiraba entre galanteo y galanteo. En *El cuaderno rojo* aparecen ya algunas de ellas, Madame Trevor, Madame Pourras o Madame de Charrière. Constant no ocultó nunca la identidad de sus

amantes, que en ocasiones mantuvo simultáneamente, y a las que llegaba incluso a hacer confidentes de sus éxitos o sus fracasos con otras mujeres. Escribir una apasionada carta a una por la mañana e irse luego tranquilamente a pasar la tarde con otra, era en él la cosa más natural del mundo. Luego vendrían las más famosas, Anna Lindsay, Madame de Staël, Charlotte de Hardenberg, que fue su segunda esposa, la Cécile del relato homónimo, la actriz Julie Talma o Madame Récamier. Con muchas de ellas mantuvo a lo largo de su vida una apasionada correspondencia. En fin, «un hombre libre, pero siempre encadenado por las mujeres», dijo de él Marcel Arland. Un hombre que fue de fracaso en fracaso, hasta convertirse finalmente en un héroe nacional y un clásico de la literatura universal que, casi dos siglos después de muerto, sigue teniendo todavía lectoras y lectores fieles.

MANUEL ARRANZ

# El cuaderno rojo

## Nota

En nuestra traducción hemos seguido el texto de la primera edición, reproducido en Gallica (http://gallica.bnf.fr), cotejándolo, no obstante, con la clásica edición anotada de Alfred Roulin (Gallimard, 1957), establecida sobre el manuscrito original, y restituyendo todas las expresiones, giros y términos alterados u omitidos en la primera edición de 1907.

Nací el 25 de octubre de 1767, en Lausana, Suiza, hijo de Henriette de Chandieu, de una antigua familia francesa, refugiada en el país de Vaud a causa de su religión, y de Juste Constant de Rebecque, coronel en un regimiento suizo de servicio en Holanda. Mi madre murió a causa del parto, ocho días después de mi nacimiento.

El primer preceptor del que conservo algún recuerdo fue un alemán llamado Stroelin, que me molía a palos y luego me colmaba de caricias para que no me quejase a mi padre. Le guardé siempre el secreto, pero al descubrirse el asunto a mi pesar, le despidieron. Había tenido, por lo demás, una idea bastante ingeniosa, que consistía en hacerme inventar el griego para enseñármelo, es decir, que me propuso que inventáramos entre los dos un idioma que sólo conoceríamos nosotros: esta idea me apasionó. Para empezar formamos un alfabeto, en el que él iba introduciendo las letras griegas. Después comenzamos un diccionario en el que cada palabra francesa era traducida por una palabra griega. Todo aquello se grababa maravillosamente en mi cabeza, porque creía yo que era su inventor. Sabía ya un montón de palabras griegas, y estaba ocupado en dar a estas palabras de mi creación unas reglas generales, es decir, que estaba aprendiendo la gramática griega, cuando mi preceptor fue despedido. Tenía entonces cinco años.

Tenía siete cuando mi padre me mandó a Bruselas, donde se había propuesto hacerse cargo él mismo de mi educación. Pronto renunció, y me puso como preceptor a un francés, el señor de La Grange, que había entrado como cirujano mayor en su regimiento. Este señor de La Grange decía ser ateo. Por lo demás, y por lo que puedo recordar, era un hombre bastante mediocre, muy ignorante, y de una vanidad exagerada. Se propuso seducir a la hija de un maestro de música con el que yo tomaba lecciones. Tuvo varias aventuras bastante escandalosas. En fin, se alojaba conmigo en una casa sospechosa, para no ser molestado en sus juergas. Mi padre llegó un día furioso de su regimiento, y el señor de La Grange fue despedido.

Mientras esperaba encontrar otro mentor, mi padre me alojó en casa de mi maestro de música. Allí permanecí durante algunos meses. Aquella familia, que el talento del padre había sacado de la clase más humilde, me alimentó y me cuidó muy bien, pero no podía hacer nada por mi educación. Tenía algunos profesores cuyas clases evitaba, y habían puesto a mi disposición un gabinete literario vecino en el que podía encontrar todas las novelas del mundo, y todas las obras irreligiosas entonces a la moda. Leía de ocho a diez horas al día todo lo que caía en mis manos, desde las obras de La Mettrie hasta las novelas de Crébillon. Mi cabeza y mis ojos se resintieron, después, toda mi vida.

Mi padre, que de cuando en cuando venía a verme, conoció a un ex jesuíta al que propuso encargarse de mí. Pero no sé por qué aquello no cuajó. Sin embargo, por la misma época, un ex abogado francés que había abandonado su país por algunos asuntos turbios, y que se encontraba en Bruselas con una mujer a la que hacía pasar por su gobernanta, quería abrir un establecimiento educativo; se ofreció y habló tan bien que mi padre creyó haber encontrado a un hombre admirable.

El señor Gobert aceptó tomarme en su casa por un precio elevado. Sólo me daba lecciones de latín, que sabía mal, y de historia, que únicamente me enseñaba para tener un motivo por el que hacerme copiar una obra que había compuesto sobre esta materia y de la que quería tener varias copias. Pero mi letra era tan mala y mi falta de atención tan grande, que había que volver a empezar cada copia, y durante más de un año que trabajé en ello no pasé nunca del prólogo.

Mientras tanto, el señor Gobert y su amante se habían convertido en objeto de murmuraciones, y los rumores llegaron hasta mi padre. Hubo algunas escenas de las que fui

testigo, y salí de casa de aquel tercer preceptor convencido por tercera vez de que aquellos que estaban encargados de instruirme y de corregirme eran, ellos mismos, hombres muy ignorantes y muy inmorales.

Mi padre me llevó a Suiza, donde pasé algún tiempo en su finca bajo su única tutela. Uno de sus amigos le había hablado de un francés de cierta edad que vivía retirado en Chaux-de-Fonds, cerca de Neuchâtel, y que tenía fama de ser inteligente y culto. Mi padre se informó, y el resultado fue que el señor Duplessis, éste era el nombre del francés, era un monje que había colgado los hábitos y se había escapado de su convento, había cambiado de religión y se mantenía escondido, incluso en Suiza, para evitar ser perseguido por Francia.

A pesar de que estas referencias no fuesen muy favorables, mi padre llamó al señor Duplessis, que resultó valer más que su reputación. Se convirtió, por tanto, en mi cuarto preceptor. Era un hombre de carácter débil, pero bueno y espiritual. Mi padre, rápidamente, lo despreció, y no ocultaba su desprecio delante de mí, lo cual era un mal principio para la relación entre tutor y alumno. El señor Duplessis cumplió con su deber lo mejor que pudo y consiguió que hiciera bastantes progresos. Pasé poco más de un año con él, entre Suiza, Bruselas y Holanda. Al cabo de ese tiempo, mi padre se hartó de él y decidió mandarme a una universidad de Inglaterra.

El señor Duplessis nos dejó para convertirse en preceptor de un joven conde de Aumale. Desgraciadamente, este joven tenía una hermana bastante hermosa y de costumbres algo ligeras. Ésta encontró divertido hacer perder la cabeza al pobre monje, que se enamoró apasionadamente de ella. Ocultaba su amor porque su estado, sus cincuenta años y su físico le daban pocas esperanzas, cuando descubrió que un peluquero menos viejo y menos feo había tenido más suerte que él. Cometió mil locuras, que se juzgaron con una severidad despiadada. Perdió la cabeza y terminó por saltarse la tapa de los sesos.

Entonces, mi padre partió conmigo para Inglaterra, y después de una corta estancia en Londres, me condujo a Oxford. Se dio cuenta en seguida de que esta universidad, donde los ingleses no van a acabar los estudios hasta los veinte años, no podía convenir a un niño de trece. Se limitó, por tanto, a hacerme aprender inglés y a algunas excursiones de placer por los alrededores, y nos volvimos al cabo de dos meses con un joven inglés que habían recomendado a mi padre para darme lecciones, sin tener ni el título ni las pretensiones de un preceptor, cosas de las que mi padre, después de cuatro experiencias sucesivas, abominaba. Pero con esta quinta tentativa pasó como con las precedentes. Apenas el señor May se puso en camino con nosotros, mi padre lo encontró ridículo e insoportable. Me puso al corriente de sus impresiones, de manera que mi nuevo camarada no fue ya para mí más que un continuo objeto de burla y de chanzas.

El señor May pasó un año y medio en nuestra compañía, en Suiza y Holanda. Pasamos una temporada bastante larga en el pequeño pueblo de Geertruydenberg. Y allí me enamoré por primera vez. Era la hija del comandante, viejo oficial amigo de mi padre. Me pasaba todo el día escribiéndole larga cartas que no le enviaba; y nos fuimos sin que le hubiera declarado mi pasión, que me duró sus buenos dos meses todavía.

Volví a verla más adelante, y la idea de que había estado enamorado de ella pareció interesarle, o tal vez no era más que curiosidad por lo que me había ocurrido. En una ocasión me preguntó qué había sentido por ella, pero nos interrumpieron. Poco tiempo después se casó y murió de parto. Mi padre, que estaba deseando desembarazarse del señor May, aprovechó la primera ocasión para devolverlo a Inglaterra.

Volvimos a Suiza, donde recurrió, para que tomara algunas lecciones, a un tal señor

Bridel, hombre bastante instruido, pero muy pedante y muy aburrido. Mi padre se dio cuenta en seguida de la arrogancia, de las familiaridades que se tomaba, y del poco estilo del nuevo mentor que me había escogido; y hastiado, después de tantas tentativas inútiles, de cualquier tipo de educación privada, tomó la decisión de inscribirme, a la edad de catorce años, en una universidad de Alemania.

El margrave de Anspach, que se encontraba entonces en Suiza, le aconsejó Erlangen. Mi padre me acompañó y me presentó él mismo en la pequeña corte de la margrave de Bareith, que residía allí. Nos recibió con toda la solicitud que suelen tener los príncipes que se aburren con los extranjeros que les entretienen, y me tomó mucho cariño. Como yo decía todo lo que me pasaba por la cabeza, me burlaba de todo el mundo y defendía con bastante gracia las opiniones más estrafalarias, debía de ser, para una corte alemana, un personaje bastante divertido. El margrave de Anspach me trataba también con la misma cordialidad. Me concedió un título en su corte, donde yo iba a jugar al faraón y a contraer deudas de juego que mi padre tuvo la torpeza y la bondad de pagar.

Durante el primer año de mi estancia en esta universidad estudié mucho, pero hice al mismo tiempo mil perrerías. La anciana margrave me las perdonaba todas y cada vez me quería más: y en aquella pequeña ciudad, el favor de que era objeto en la corte hacía callar a todos los que me juzgaban más severamente. Pero yo quería presumir de tener una amante. Escogí a una muchacha de bastante mala reputación cuya madre, en no sé qué ocasión, había hecho a la margrave ciertos desaires. Lo curioso del caso era que, por un lado, yo no amaba a aquella muchacha y, por otro, ella no quería saber nada de mí. Con toda seguridad, yo era el único hombre al que se había resistido. Pero el placer de dar que hablar, y de oír que mantenía a una amante, me consolaba, por una parte, de pasar mi vida con una persona a la que no amaba en absoluto y, por otra, de no poseer a la persona que mantenía.

La margrave se sintió muy ofendida por mi relación, a la que, a causa de sus escenas, me aferré todavía más. Aquellas escenas consiguieron lo que yo quería, que no era otra cosa que se hablase de mí. Al mismo tiempo, la madre de mi supuesta amante, todavía cargada de odio contra la margrave, y halagada por la especie de rivalidad que se había establecido entre una princesa y su hija, no paraba de empujarme a cometer toda suerte de ofensas contra la corte. Finalmente, la margrave perdió la paciencia y me prohibió aparecer por su casa. Al principió, me afligió mucho mi desgracia y traté de reconquistar el favor que tanto empeño había puesto en perder. No lo conseguí. Y todos aquellos a los que aquel trato de favor había impedido hablar mal de mí se resarcieron. Fui objeto de un linchamiento y una burla generales.

La rabia y el despecho me hicieron cometer algunas tonterías más. Finalmente, mi padre, enterado por la margrave de todo lo que pasaba, me ordenó que me reuniera con él en Bruselas, y partimos juntos para Edimburgo.

Llegamos a esta ciudad el 8 de julio de 1783. Mi padre tenía allí antiguos conocidos, que nos recibieron con todas las atenciones de la amistad y la hospitalidad que caracteriza a la nación escocesa. Se me instaló en casa de un profesor de medicina que admitía pensionistas.

Mi padre sólo se quedó tres semanas en Escocia. Después de su partida me entregué al estudio con fervor, y entonces comenzó el año más agradable de mi vida. El trabajo estaba de moda entre los jóvenes de Edimburgo. Habían creado varias asociaciones literarias y filosóficas, y yo pertenecí a algunas, distinguiéndome como escritor y como orador, aunque en una lengua extranjera. Contraje algunas relaciones muy estrechas con

hombres que, en su mayoría, se hicieron famosos más tarde; entre ellos se encontraban Mackintosh, actualmente juez supremo en Bombay, Laïng, uno de los mejores discípulos de Robertson, etc.

De todos aquellos jóvenes, el que parecía más prometedor era el hijo de un comerciante de tabaco, llamado John Wilde. Gozaba, entre sus amigos, de una autoridad casi absoluta, a pesar de que la mayoría fuesen muy superiores a él por nacimiento o fortuna: sus conocimientos eran inmensos; su afán de estudio, infatigable; su conversación, brillante; su carácter, excelente. Después de haber conseguido por méritos propios una plaza de profesor y haber publicado un libro que empezaba a hacerle famoso, se volvió loco, y actualmente, si no está muerto, estará tirado en un jergón en algún calabozo. ¡Triste especie humana, qué haces con nosotros y con nuestras esperanzas!

Viví alrededor de dieciocho meses en Edimburgo, divirtiéndome mucho, trabajando mucho, y no dando que hablar más que cosas buenas de mí. La mala suerte quiso que un joven italiano que me daba lecciones de música, me llevara a una casa de juego que tenía su hermano. Jugué, perdí, contraje deudas a diestro y siniestro, y eché a perder mi estancia allí.

La fecha que mi padre había fijado para mi partida llegó, y me fui prometiendo a mis acreedores que les pagaría, pero dejándoles muy descontentos y dando yo mismo una impresión muy desfavorable. Pasé por Londres, donde permanecí, perdiendo el tiempo, tres semanas, y llegué a París en el mes de mayo de 1785.

Mi padre había hecho un arreglo para mí, que me hubiera proporcionado toda clase de ventajas si hubiera sabido y querido aprovecharlo. Debía alojarme en casa del señor Suard, donde solían reunirse gentes de letras, y que había prometido introducirme en la mejor sociedad de París. Pero mi habitación no estaba lista, y desembarqué en un hotel amueblado; allí trabé amistad con un inglés muy rico y muy libertino; quise imitar sus locuras, y todavía no llevaba un mes en París cuando ya tenía deudas por encima de mi cabeza. Pero mi padre tenía parte de culpa, por enviarme a los dieciocho años, confiando en mi buena fe, a un lugar donde yo no podía evitar cometer un error tras otro. Finalmente, fui a alojarme a casa del señor Suard y mi conducta fue menos extravagante.

Pero los líos en los que me había metido nada más llegar tuvieron consecuencias que influyeron en toda mi estancia. Para colmo de males, mi padre creyó que debía ponerme bajo la tutela de alguien, y consultó este asunto con un ministro protestante, capellán del embajador de Holanda. Éste creyó hacer maravillas al recomendarle a un tal Baumier, que se había presentado ante él como un protestante perseguido por su familia por motivos religiosos.

El tal Baumier era un hombre sin moral, sin oficio ni beneficio, un auténtico estafador de la peor especie. Trató de compincharse conmigo compartiendo todas las tonterías que yo quería hacer, y no comprendía que yo no llevase el género de vida más disoluto y abyecto. Como, independientemente de todos sus vicios, carecía de ingenio, era aburrido e insolente me cansé pronto de un hombre que lo único que hacía era acompañarme a buscar mujeres y pedirme dinero prestado, y nos peleamos. Escribió, me imagino, a mi padre, y exageró, supongo, todo lo malo que tenía que decir de mí, a pesar de que con la verdad hubiera sido más que suficiente.

Mi padre vino en persona a París y me llevó a Bruselas, donde me dejó para volver con su regimiento. Permanecí en Bruselas desde el mes de agosto hasta finales de noviembre, repartiendo mi tiempo entre las casas de Ussel y de Aremberg, viejas relaciones de mi padre que, en calidad de tales, me acogieron muy bien, y una camarilla ginebrina, algo más turbia pero mucho más agradable.

En esta camarilla había una mujer de unos veintiséis o veintiocho años, con un porte muy seductor y un ingenio muy agudo. Yo me sentía atraído por ella, sin querer confesármelo abiertamente, cuando, por algunas palabras que me sorprendieron al principio más de lo que me encantaron, ella me insinuó que me amaba. En el momento en que escribo esto, han transcurrido veinticinco años desde aquel descubrimiento, y experimento todavía una sensación de gratitud al recordar el placer que sentí.

Madame Johannot, éste era su nombre, tiene un lugar en mis recuerdos muy diferente al de todas las demás mujeres que he conocido: mi relación con ella fue muy corta y se redujo a muy poca cosa. Pero no me hizo pagar las dulces sensaciones que me procuró con ninguna mezcla de ansiedad o de tristeza, y a los cuarenta y cuatro años le estoy todavía agradecido por la felicidad que me procuró cuando tenía dieciocho.

La pobre mujer tuvo un triste final. Casada con un hombre de carácter despreciable y costumbres corrompidas, la llevó consigo, primero, a París, donde se puso al servicio del partido dominante y se convirtió, a pesar de ser extranjero, en miembro de la Convención, condenó a muerte al rey y continuó hasta el final de aquella tristemente célebre asamblea desempeñando un papel cobarde y equívoco. Ella fue pronto confinada en un pueblo de Alsacia y sustituida por una amante que su marido mantenía en su propia casa. Finalmente, fue devuelta a París para vivir con aquella amante a la que su marido quería obligarle a servir, y los tratos vejatorios a los que fue sometida la llevaron a envenenarse. Yo estaba entonces en París, y vivía cerca de ella, pero ignoraba que ella estuviese allí, y murió a algunos pasos de un hombre al que había amado y que nunca pudo oír pronunciar su nombre sin conmoverse hasta lo más profundo de su alma; murió, como digo, creyéndose olvidada y abandonada por todo el mundo.

Apenas había pasado un mes desde que gozaba de su amor cuando mi padre vino a buscarme para llevarme a Suiza. Madame Johannot y yo nos escribimos tristes y tiernas cartas en el momento de mi partida. Me dio una dirección, donde me dijo que podía escribirle, pero no me respondió nunca. Me consolé sin olvidarla, y muy pronto, como se verá, fue ocupado su lugar. La volví a ver dos años después, una única vez, en París, algunos antes de su desgracia. Volví a quedar prendado de ella. Le hice una segunda visita, pero se había ido. Cuando me lo dijeron se apoderó de mí un sentimiento de una tristeza y una violencia extraordinarias. Era una especie de funesto presentimiento, que su triste final no hizo más que ratificar.

De vuelta a Suiza, pasé de nuevo algún tiempo en el campo, estudiando sin ningún orden y ocupándome de una obra cuya primera idea se me había ocurrido en Bruselas, y que en lo sucesivo nunca dejó de ejercer una gran atracción sobre mí: se trataba de una historia del politeísmo. Yo no tenía entonces ninguno de los conocimientos necesarios para escribir cuatro líneas razonables acerca de semejante tema. Alimentado por los principios de la filosofía del siglo XVIII y, sobre todo, por las obras de Helvetius, no tenía otro pensamiento que contribuir yo también a la destrucción de lo que llamaba «los prejuicios». Me había aprendido una frase del autor de *Sobre el espíritu,* que pretendía que la religión pagana era, con mucho, preferible al cristianismo; y yo quería apoyar esta afirmación, que no había ni profundizado ni examinado, con algunos hechos tomados al azar y unos cuantos epigramas y declamaciones que imaginaba originales.

Si hubiera sido menos perezoso y me hubiese abandonado menos a mis emociones, tal vez habría acabado en dos años un pésimo libro, que me habría procurado una pequeña y efímera reputación de la que me habría sentido muy satisfecho. Una vez comprometido por amor propio, no hubiera podido cambiar de opinión, y aquella primera paradoja me

habría encadenado de por vida.

Pero si la pereza tiene inconvenientes, también tiene sus ventajas. Yo no pasaba mucho tiempo llevando una vida apacible y estudiosa: nuevos amores venían a distraerme, y como tenía tres años más que en Erlangen, cometí tres veces más locuras también. El objeto de mi pasión era una inglesa, de entre treinta y treinta y cinco años, mujer del embajador de Inglaterra en Turín. Había sido muy hermosa y tenía todavía una hermosa mirada, unos dientes soberbios y una sonrisa encantadora. Su casa era muy agradable, se jugaba mucho en ella, de manera que yo encontraba allí un placer todavía mayor que el que la dama me inspiraba.

Madame Trevor era extremadamente coqueta y tenía el ingenio fino y rebuscado con que la coquetería favorece a las mujeres que no tienen otro. Se llevaba bastante mal con su marido, del que por lo habitual estaba separada, y había siempre a su alrededor cinco o seis jóvenes ingleses. Al principio me introduje en su círculo porque era más brillante y más animado que cualquier otro de Lausana. Pero luego, al ver que la mayoría de los jóvenes que la rodeaban le hacían la corte, se me metió en la cabeza gustarle. Le escribí una hermosa carta para declararle que estaba enamorado de ella. Le envié aquella carta una tarde y volví al día siguiente para recibir su respuesta. El nerviosismo que me producía la incertidumbre sobre el resultado de mi gestión me había dado una especie de fiebre que se parecía bastante a la pasión que al principio sólo quería fingir. Madame Trevor me respondió por escrito, como aconsejaban las circunstancias. Me hablaba de sus vínculos y me ofrecía la más tierna amistad. No tendría que haberme fijado en aquella palabra y esperar hasta dónde nos habría conducido tal amistad. En lugar de eso, creí más oportuno ostentar la más violenta desesperación, porque no me ofrecía más que amistad a cambio de mi amor: y allí estaba yo, revolcándome y golpeándome la cabeza contra el muro de aquella desgraciada palabra. La pobre mujer, que probablemente había tenido asuntos con personas más sensatas, no sabía cómo reaccionar ante aquella escena, tanto más embarazosa para ella cuanto que yo no hacía nada por ponerle fin de una manera decorosa para los dos.

Me mantenía a diez pasos de ella, y cuando se acercaba para calmarme o consolarme, me alejaba repitiéndole que puesto que no sentía por mí más que amistad, sólo me quedaba morir. No pudo sacar de mí nada más durante cuatro horas, y me fui, dejándola, bastante molesta, creo, con un amante que se empeñaba en discutir sobre un sinónimo.

Pasé de este modo tres o cuatro meses, estando cada vez más enamorado, porque chocaba cada día más contra un obstáculo que me había creado yo mismo, y seguía yendo, por lo demás, a casa de Madame Trevor, tanto por mi afición al juego como por mi ridículo amor; Madame Trevor soportaba mis extrañas maniobras con una paciencia admirable. Respondía a todas mis cartas, me recibía en su casa a solas, y me permitía estar con ella hasta las tres de la madrugada. Pero no consiguió nada, ni yo tampoco. Yo era de una timidez excesiva, y de un apasionamiento frenético; no sabía todavía que había que tomar en vez de pedir; y yo estaba pidiendo continuamente y no tomaba nunca. A Madame Trevor debí de parecerle un amante de una extraña especie. Pero como las mujeres aman siempre todo aquello que prueba que son capaces de inspirar una gran pasión, se acostumbró a mis rarezas y nunca me recibió mal.

Incluso estuve celoso de un inglés a quien Madame Trevor le traía sin cuidado, y quise obligarle a batirse conmigo. Él pensó que podía aplacarme confesándome que, lejos de seguir mis pasos, ni siquiera encontraba agradable a Madame Trevor. Entonces quise batirme con él porque no hacía justicia a la mujer que yo amaba. Nuestras pistolas ya

estaban cargadas cuando mi inglés, que no tenía ningunas ganas de un duelo tan ridículo, tuvo una salida airosa. Requirió a los padrinos y me anunció que iba a decirles por qué nos batíamos. Traté de convencerle que debía guardar el secreto, pero se burló de mí, y no tuve más remedio que renunciar a mi brillante empresa para no comprometer a la dama de mis pensamientos.

Cuando llegó el invierno, mi padre me anunció que me preparara para reunirme con él en París. Mi desesperación no tuvo límites. Madame Trevor parecía muy afectada. A menudo la tomaba en mis brazos, empapaba sus manos con mis lágrimas, me pasaba las noches llorando en un banco donde la había visto sentada; ella lloraba conmigo; y si me hubiera olvidado de discutir sobre el significado de las palabras, tal vez habría tenido más éxito. Pero todo se redujo a un casto beso sobre unos labios ligeramente ajados. Finalmente partí en un estado de sufrimiento inexpresable. Madame Trevor prometió escribirme, y me arrancaron de su lado.

Mi sufrimiento era tan evidente que incluso dos días después, uno de mis primos, que viajaba con nosotros, intentó persuadir a mi padre para que me devolviera a Suiza, convencido, como estaba, de que yo no resistiría el viaje. En fin, lo resistí y llegamos. Me encontré con una carta de Madame Trevor. La carta era fría, pero le agradecí que hubiera cumplido su promesa. Le respondí utilizando el lenguaje del amor más apasionado. Obtuve una segunda carta todavía más insignificante que la primera. Por mi parte, yo me iba enfriando a medida que nuestras cartas se las llevaba el correo. No le escribí más, y nuestra relación se acabó.

No obstante, volví a ver a Madame Trevor en París, tres meses después: no experimenté ninguna emoción, y creo que la suya sólo fue provocada por la sorpresa de ver en mí una indiferencia tan absoluta. La pobre mujer continuó todavía algunos años con su oficio de coqueta, e hizo bastante el ridículo. Luego volvió a Inglaterra, donde, según me han dicho, se volvió casi loca a causa de ataques nerviosos.

Aquellos primeros meses de mi estancia en París fueron muy agradables. Fui amablemente recibido por el círculo del señor Suard, en cuya casa iba a alojarme de nuevo. Mi espíritu, que carecía entonces por completo de sobriedad y de rectitud, pero que tenía un carácter epigramático muy divertido, mis conocimientos, que, aunque muy deshilvanados, eran superiores a los de la mayoría de las personas de letras de la generación que surgía, la originalidad de mi personalidad, todo esto era considerado excitante. Fui festejado por todas las mujeres de la camarilla de Madame Suard, y los hombres atribuyeron a mi edad una impertinencia que, al no residir en los modales sino en las opiniones, resultaba menos patente y menos ofensiva. Sin embargo, cuando recuerdo lo que decía entonces, y el desprecio que manifestaba por todo el mundo, todavía no comprendo cómo se me pudo tolerar. Recuerdo que un día, habiéndome encontrado con uno de los hombres de nuestro círculo, que tenía treinta años más que yo, me puse a hablar con él, y mi conversación giró como de costumbre sobre lo ridículas que eran las personas que veíamos a diario. Después de haberme burlado de todo el mundo, le cogí repentinamente de la mano y le dije:

—Le he hecho reír a costa de todos nuestros amigos, pero no vaya a pensar que, porque me he burlado de ellos con usted, no me voy a burlar de usted con ellos; le advierto que no hemos hecho ese pacto.

El juego, que ya me había creado tantos problemas y que me los seguiría creando después, vino a enturbiar mi vida y a echar a perder todo lo que la bondad de mi padre había hecho por mí.

En Suiza había conocido, en casa de Madame Trevor, a una francesa anciana,

Madame de Bourbonne, jugadora compulsiva, por lo demás buena mujer, y bastante original: jugaba cuando iba en coche, jugaba en la cama, jugaba en el baño, por la mañana, por la noche, por la tarde, jugaba a todas horas y en cualquier lugar siempre que podía. Yo iba a verla a París, donde todos los días organizaba un quince[5] en el que yo procuraba estar. Perdía generalmente todo lo que llevaba, y llevaba todo lo que me tenía asignado mi padre y todo lo que conseguía que me prestasen, lo que afortunadamente no era muy considerable, a pesar de que no subestimaba ningún medio de contraer deudas.

A propósito de esto tuve una aventura bastante divertida con una de las mujeres más ancianas del círculo de Madame Suard. Se trataba de Madame Saurin, mujer de Saurin, el filósofo y autor de *Espartaco*. Había sido muy hermosa, cosa que sólo recordaba ella, pues tenía sesenta y cinco años. Me había distinguido con su amistad, y aunque yo había cometido la equivocación de burlarme un poco de ella, tenía más confianza en Madame Saurin que en cualquier otra persona de París. Un día había perdido en casa de Madame de Bourbonne todo el dinero que tenía, y todo el que me había podido jugar a crédito. Presionado para que pagara, se me ocurrió recurrir a Madame Saurin para que me prestase lo que me faltaba. Pero como yo mismo desaprobaba aquella acción, le escribí en lugar de hablarle, diciéndole que iría a recoger su respuesta durante la velada. Y, en efecto, fui. La encontré sola. Mi timidez natural, aumentada por las circunstancias, hizo que esperase bastante tiempo a que ella me hablase de mi nota. Finalmente, como ella no decía palabra, me decidí a romper el silencio, y empecé ruborizándome, bajando la mirada, y con una voz trémula:

—Os extrañará, tal vez —le dije—, mi atrevimiento. Me entristecería que os formarais de mí una impresión desfavorable por algo que no me hubiera atrevido a pediros nunca, si su amistad, tan grata para mí, no me hubiera animado a ello; la confesión que acabo de haceros, que vuestro silencio me hace temer que os haya ofendido, me ha sido arrancada por un irresistible impulso de confianza en usted.

Todo esto lo iba diciendo deteniéndome en cada palabra, y sin mirar a Madame Saurin. Viendo que no respondía nada, levanté la mirada y vi en su expresión de sorpresa que no daba crédito a mi sermón.

Le pregunté si no había recibido mi carta, y resultó que no. Desconcertado, de buena gana hubiera retirado mis palabras, si hubiera encontrado otros medios para salir del atolladero en que me encontraba. Pero no tenía más recursos. Había que continuar. Y continué:

—Usted ha sido tan buena conmigo, me ha demostrado tanto cariño. Tal vez me haya hecho demasiadas ilusiones. Pero hay momentos en que un hombre pierde la cabeza. Nunca me perdonaré si he traicionado su amistad. Por favor, permítame que no hable más de esa desafortunada carta. Permítame que le oculte lo que escapó de mí en un momento de obnubilación.

—No —me contestó—, confíe en mí. Quiero saberlo todo, acabe, acabe.

Y se cubrió el rostro con las manos mientras todo su cuerpo temblaba. Comprendí claramente que había tomado todo lo que acababa de decirle por una declaración de amor. Aquella equivocación, su emoción y una gran cama de damasco rojo que había a dos pasos de nosotros, me sumieron en un inexpresable terror. Pero reaccioné como un cobarde indignado y me apresuré a deshacer el equívoco.

—En el fondo —le dije—, no sé por qué la molesto con algo tan insignificante. He cometido la torpeza de jugar, perdí algo más de lo que dispongo en este momento, y os escribí para saber si podríais hacerme el favor de prestarme lo que me falta para salir del

paso.

Madame Saurin permaneció inmóvil. Apartó las manos de su rostro, que ya no necesitaba ocultar. Se levantó sin decir una palabra y me entregó el dinero que le había pedido. Estábamos tan turbados, ella y yo, que todo transcurrió en silencio. Ni siquiera abrí la boca para darle las gracias.

Fue en aquella misma época (1787) cuando me encontré con la primera mujer con una inteligencia superior que he conocido, y una de las mayores que traté nunca. Se llamaba Madame de Charrière. Era holandesa, de una de las mejores familias de aquel país, y en su juventud había dado mucho que hablar por su inteligencia y la extravagancia de su carácter. Con treinta años cumplidos, y después de muchas pasiones, algunas de las cuales habían sido desdichadas, se había casado, a pesar de la oposición de su familia, con el preceptor de sus hermanos, hombre inteligente y de maneras delicadas y nobles, pero el más frío y flemático que pueda imaginarse. Durante los primeros años de su matrimonio, su mujer le había atormentado mucho tratando de hacerle compartir sus inquietudes; y la decepción de no conseguirlo más que rara vez, pronto destruyó la felicidad que ella se había prometido con aquella unión en ciertos aspectos desproporcionada. Un hombre mucho más joven que ella, con una inteligencia mediocre pero una hermosa figura, le causó una profunda impresión. Nunca supe todos los detalles de esta pasión, pero lo que ella me dijo y lo que me contaron otros me bastó para comprender que había sido una relación muy intensa y muy desgraciada, que el enfado de su marido había turbado su paz interior, y que finalmente el joven, motivo de todo, la había abandonado por otra mujer con la que se había casado, y ella había pasado algún tiempo hundida en la más negra desesperación. Esta desesperación favoreció su reputación literaria, pues le inspiró la más hermosa de las obras que escribió: se titula *Calixto,* y forma parte de una novela publicada con el título de *Cartas escritas desde Lausana.*

Cuando la conocí estaba haciendo gestiones para imprimir el libro. Su inteligencia me sedujo. Nos pasábamos días y noches hablando juntos. Ella era muy severa en sus juicios sobre las personas que conocía. Yo, por naturaleza, era bastante burlón. Congeniamos inmediatamente. Pero en seguida descubrimos el uno del otro aspectos más íntimos y esenciales. Madame de Charrière tenía una manera tan original y animada de considerar la vida, tal desprecio por los prejuicios, tanta vehemencia en sus pensamientos, y una superioridad tan grande y desdeñosa sobre el común de los hombres, que en mi ánimo, a los veinte años, extravagante y desdeñoso yo también, su conversación representaba un placer hasta entonces desconocido. Me entregaba a ella en un estado de éxtasis. Su marido, que era un hombre honrado, y que sentía cariño y admiración por ella, la había llevado a París para distraerla de la tristeza en que la había sumido el abandono del hombre al que había amado. Ella tenía veintisiete años más que yo, de manera que nuestra relación no podía preocuparle. Estaba encantado y la animaba con todas sus fuerzas. Todavía recuerdo con emoción los días y las noches que pasamos juntos bebiendo té y hablando de cualquier cosa con una pasión inagotable. Pero esta nueva pasión no absorbía, sin embargo, todo mi tiempo. Desgraciadamente, me sobraba el suficiente como para hacer muchas tonterías y contraer nuevas deudas. Una mujer que, desde París, mantenía correspondencia con mi padre, le puso al corriente de mi conducta, pero le escribió al mismo tiempo que yo podría solucionarlo todo si conseguía casarme con una joven del círculo en el que me movía habitualmente, y que debía de disponer de ochocientos mil francos de renta. Esta idea sedujo mucho a mi padre, cosa muy natural. Me la comunicó en una carta que contenía, por lo demás, muchos y justos reproches, y que terminaba diciéndome que no consentiría en

prolongar mi estancia en París más que si intentaba poner en práctica aquel interesante proyecto, si es que creía tener alguna posibilidad de éxito.

La persona de que se trataba tenía dieciséis años y era muy hermosa. Su madre me había recibido a mi llegada muy amistosamente. Me veía entre la necesidad de intentar, al menos, algo cuyo resultado me habría convenido mucho, o abandonar una ciudad en la que me divertía enormemente para ir a reunirme con un padre que me esperaba indignado. No dudé en intentarlo.

Empecé, según la costumbre, por escribir a la madre para pedirle la mano de su hija. Me respondió muy cariñosamente, pero negándomela porque su hija ya estaba prometida con un hombre con quien se iba a casar en pocos meses. Sin embargo, no creo que ni siquiera ella considerara su rechazo como irrevocable, porque, por un lado, como me enteré más tarde, había solicitado en Suiza informaciones sobre mi fortuna y, por otro, me facilitaba todas las ocasiones que podía de estar a solas con su hija. Pero me comporté como un auténtico loco. En lugar de aprovecharme de la amabilidad de la madre, quien a la vez que me rechazaba me daba pruebas de amistad, me propuse iniciar un romance con la hija, y lo comencé de la manera más absurda.

No traté en absoluto de agradarle; ni siquiera le dije una palabra acerca de mis sentimientos. Cuando me la encontraba sola, continuaba hablando con ella de la manera más tímida del mundo sobre asuntos insignificantes. Pero le escribí una hermosa carta, tratándola como alguien a quien sus padres querían casar contra su voluntad con un hombre al que no amaba, y le propuse que se fugara. Su madre, a quien sin duda mostró aquella extraña carta, tuvo conmigo la delicadeza de dejar que su hija me respondiera como si ella no la hubiera instruido al respecto.

Mademoiselle Pourras —así se llamaba— me escribió que era cosa de sus padres decidir su futuro, y que no le agradaba recibir cartas de un hombre. No me di por aludido y volví a la carga con mis proposiciones de fuga, de rapto, de protección contra el matrimonio que querían obligarla a contraer.

Se diría que escribía a una víctima que hubiera implorado mi ayuda, a una persona que sentía por mí toda la pasión que yo creía sentir por ella: pero, en realidad, todas mis caballerescas cartas estaban dirigidas a una jovencita muy razonable que no me amaba en absoluto, que no sentía ninguna repugnancia por el hombre que le habían destinado y que no me había dado ni motivo ni derecho para escribirle de aquella manera. Pero yo había tomado aquel camino y por nada del mundo quería abandonarlo.

Lo más inexplicable de todo era que, cuando veía a Mademoiselle Pourras, yo no decía ni una palabra que tuviera que ver con mis cartas. Su madre continuaba dejándome a solas con ella, a pesar de mis extravagantes proposiciones, de las que seguramente tenía conocimiento, y eso es lo que me confirma en la idea de que todavía habría podido tener éxito. Pero lejos de aprovechar aquellas ocasiones, en cuanto me encontraba a solas con Mademoiselle Pourras, me volvía de una timidez extrema. No le hablaba más que de cosas insignificantes, y no hacía ni una sola alusión a las cartas que le escribía cada día, ni al sentimiento que me dictaba aquellas cartas.

Finalmente, una circunstancia que no tenía nada que ver conmigo provocó una crisis que terminó con todo. Madame Pourras, que había sido una mujer galante toda su vida, tenía todavía un amante en activo. Después de haberle pedido a su hija, continuó tratándome con amistad, como si ignorara mi absurda correspondencia, y, mientras yo escribía todos los días a la hija proponiéndole la fuga, hacía a la madre la confidente de mi amor y de mi desgracia: todo ello, debo confesar, sin ninguna intención ni mala fe.

Sencillamente, ése era el camino que había tomado con la una y con la otra.

Mantenía, por lo tanto, largas conversaciones a solas con Madame Pourras. Su amante se sintió celoso. Hubo escenas violentas, y Madame Pourras, quien estando a punto de cumplir cincuenta años no quería perder a aquel amante, que podía ser el último, decidió tranquilizarle. Yo no sospechaba nada, y estando un día con mis habituales lamentaciones ante Madame Pourras, apareció de repente el señor de Sainte-Croix —éste era el nombre del amante— de muy buen humor. Madame Pourras me cogió de la mano, me llevó hacia él, y me pidió que le confesara solemnemente que era de su hija de quien estaba yo enamorado, que era a su hija a quien había pedido en matrimonio, y que ella era completamente ajena a mis visitas a su casa. Ella no veía en la confesión que me exigía más que un medio de acabar con los celos del señor de Sainte-Croix. Pero yo veía el asunto desde otro punto de vista, me veía arrastrado ante un extranjero para confesarle que era un amante desgraciado, un hombre rechazado por la madre y por la hija. Mi amor propio herido me precipitó en un auténtico delirio. Por casualidad, tenía aquel día en mi bolsillo un frasquito de opio que llevaba conmigo desde hacía algún tiempo. La idea de tener opio había surgido como consecuencia de mi relación con Madame de Charrière, que tomaba mucho durante su enfermedad, y cuya conversación, siempre brillante e ingeniosa, pero muy extravagante, me mantenía en una especie de ebriedad espiritual, que no contribuyó poco a todas las tonterías que cometí en aquella época.

Empecé a decir que quería matarme, y a fuerza de decirlo llegué casi a creérmelo yo mismo, a pesar de que en el fondo no tuviese ninguna gana de ello. Con mi opio en el bolsillo, y mientras daba un espectáculo al señor de Sainte-Croix, experimenté una especie de apuro del que me pareció más fácil salir mediante una escena que mediante una tranquila conversación. Preveía que el señor de Sainte-Croix me haría preguntas, me demostraría afecto, pero como me sentía humillado, las preguntas, el afecto y todo lo que pudiera prolongar aquella situación me resultaba insoportable. Estaba seguro de que si me tragaba el opio acabaría con todo aquello. Además, hacía tiempo que se me había metido en la cabeza que querer matarse por una mujer era un medio de gustarle.

Esta idea no es exactamente cierta. Cuando se gusta ya a una mujer y ella desea entregarse, es bueno amenazarla con matarse porque se le da un pretexto decisivo, rápido y honorable. Pero cuando uno no es amado en absoluto, ni la amenaza ni el acto producen el menor efecto. En toda mi aventura con Mademoiselle Pourras había un error de partida, y es que el romance sólo lo vivía yo. De manera que cuando Madame Pourras terminó su interrogatorio, le dije que le agradecía que me hubiera puesto en una situación que no me dejaba más que una salida, saqué el frasquito y me lo llevé a la boca. Recuerdo que, en el corto instante transcurrido durante aquella operación, un dilema acabó de decidirme.

«Si muero —me dije—, habrá acabado todo; y si me salvan, es imposible que Mademoiselle Pourras no se enternezca por un hombre que ha querido matarse por ella».

Así que me tragué el opio. No creo que hubiera bastante como para perjudicarme, y como además el señor de Sainte-Croix se abalanzó sobre mí, más de la mitad se cayó al suelo. Todo el mundo se asustó. Me hicieron tomar ácidos para contrarrestar el efecto del opio. Hice todo lo que me pidieron con docilidad, no porque tuviese miedo, sino porque habrían insistido, y me habría resultado molesto resistirme. Cuando digo que no tenía miedo, no es porque supiese que había poco peligro. Yo no conocía en absoluto los efectos que producía el opio, y me los imaginaba mucho más terribles. Pero de acuerdo con mi dilema, me era completamente indiferente el resultado. No obstante, mi docilidad en dejarme suministrar todo aquello que podía impedir el efecto de lo que acababa de hacer,

debió de persuadir a los espectadores de que aquella tragedia no tenía nada de serio.

No ha sido la única vez en mi vida que, después de un acto grandioso, me ha fastidiado de repente la solemnidad que habría sido necesaria para mantenerlo, y por puro aburrimiento he deshecho mi propia obra. Después de administrarme todos los remedios que se pensó útiles, se me soltó un pequeño sermón, medio compasivo, medio doctoral, que escuché con aire compungido; Mademoiselle Pourras apareció, pues no estaba presente mientras yo hacía todas aquellas locuras por ella, y tuve la inconsecuente delicadeza de secundar a su madre en sus esfuerzos para que la hija no se diera cuenta de nada. Mademoiselle Pourras iba arreglada para la ópera, donde estrenaban *Tarare*, de Beaumarchais. Madame Pourras me propuso acompañarlas y acepté, de modo que mi envenenamiento terminó, para que todo acabara siendo tragicómico en aquel asunto, con una velada en la ópera. Estuve incluso muy alegre, ya fuera porque el opio había producido en mí aquel efecto, o, cosa que me parece más probable, porque quisiese olvidar todo lo lúgubre que había pasado y necesitase divertirme.

Al día siguiente, Madame Pourras, que vio la necesidad de poner término a mis extravagancias, tomó como excusa mis cartas a su hija, que fingió no conocer hasta aquel día, y me escribió que había abusado de su confianza al proponer a su hija que se fugase mientras yo era recibido en su casa. Por consiguiente, me anunciaba que no me recibiría más, y para quitarme toda esperanza y todo medio de continuar con mis tentativas, hizo llamar al señor de Charrière, a quien rogó que preguntara a su hija lo que sentía por mí. Con total sinceridad, Mademoiselle Pourras respondió al señor de Charrière que yo jamás le había hablado de amor, que le habían sorprendido mucho mis cartas, que jamás había hecho ni dicho nada que pudiera autorizarme a semejantes proposiciones, que no me amaba en absoluto, que estaba muy contenta con el matrimonio que sus padres proyectaban para ella y que aprobaba encantada todas las decisiones de su madre a mi respecto. El señor de Charrière me contó aquella conversación, añadiendo que, si él hubiera notado en la joven el menor interés por mí, habría intentado inclinar a la madre a mi favor.

Y así terminó la aventura. Aunque no puedo decir que sintiese una gran pena. Había estado obnubilado durante algunos momentos; la irritación ante el obstáculo me había inspirado una especie de obstinación; el miedo a ser obligado a volver con mi padre me había hecho perseverar en una empresa desesperada; mi mala cabeza me había hecho elegir los medios más absurdos, a los que mi timidez había vuelto todavía más absurdos. Pero creo que nunca hubo amor en el fondo de mi corazón. Lo único que sé es que al día siguiente de renunciar a aquel proyecto estaba completamente consolado.

La persona que, incluso mientras llevaba a cabo todos aquellos disparates, ocupaba verdaderamente mi cabeza y mi corazón era Madame de Charrière.

En medio de toda la agitación de mis románticas cartas, de mis proposiciones de rapto, de mis amenazas de suicidio y de mi teatral envenenamiento, pasaba horas, noches enteras, hablando con Madame de Charrière, y durante aquellas conversaciones me olvidaba de las preocupaciones por mi padre, de mis deudas, de Mademoiselle Pourras y del mundo entero. Estoy convencido de que sin aquellas conversaciones mi conducta habría sido menos alocada. Todas las opiniones de Madame de Charrière se basaban en el desprecio de cualquier convencionalismo y costumbre. Nos burlábamos, a cual más, de todos nuestros conocidos: nos embriagábamos con nuestras bromas y nuestro desprecio por la especie humana, y el resultado de todo aquello era que yo actuase como he dicho, riéndome media hora después, en ocasiones como un loco, de lo que había hecho de buena fe, y desesperado, media hora antes. El final de todos mis proyectos con Mademoiselle

Pourras me unió más estrechamente todavía a Madame de Charrière: ella era la única persona con la que yo charlaba libremente, porque era la única persona que no me aburría con consejos y reconvenciones sobre mi conducta.

De las demás mujeres del círculo en el que me movía, unas se interesaban por mí por amistad, y me reconvenían a la menor ocasión. A otras les hubiera gustado, imagino, encargarse de la educación de un joven que parecía tan apasionado, y me lo daban a entender de una manera bastante clara. Madame Suard se había empeñado en casarme. Quería que lo hiciera con una joven de dieciséis años, muy espiritual, muy amanerada, nada bonita, y que sería rica cuando muriera un tío anciano. Entre paréntesis, en el momento en que escribo esto, 1811, el tío vive todavía. La joven, que se casó después con el señor Pastoret, célebre durante la Revolución por su necedad, tuvo algunas aventuras, quiso divorciarse para casarse con un hombre al que yo conocía bien y del que hablaré más tarde, tuvo un hijo con él, hizo algunas locuras para conseguirlo, y después de perderlo se convirtió con mucho arte en una mojigata, y hoy en día es una de las mujeres más consideradas de París. En la época en que Madame Suard me la propuso, tenía unas ganas enormes de casarse, y se lo contaba a todo el mundo inocentemente.

Pero ni los proyectos de Madame Suard, ni los manejos de algunas señoras mayores, ni los sermones de otras produjeron efecto alguno en mí. En cuanto a matrimonio, sólo me interesaba Mademoiselle Pourras. En cuanto a físico, también prefería a Mademoiselle Pourras. En cuanto a inteligencia, no veía, no escuchaba, no quería más que a Madame de Charrière. Y no es que no aprovechase las pocas horas que estábamos separados para hacer otras tonterías.

No sé quién me presentó en casa de una joven que se hacía llamar condesa de Linières. Procedía de Lausana, donde su padre era carnicero. Un joven inglés la había raptado, incendiando la casa en la que vivía, y la había llevado a París, donde ella había continuado, después de haber sido abandonada por aquel primer amante, ejerciendo un oficio que su hermosa figura hacía lucrativo. Después de haber reunido algún dinero, se hizo desposar por un tal señor de Linières, que estaba muerto, y convertida en viuda y condesa regentaba una casa de juego. Tenía ya los cuarenta y cinco años bien cumplidos, pero para no renunciar por completo a su primer estado, se había agenciado una hermana joven, de unos veinte años, alta, lozana, bien hecha y tonta a rabiar. A su casa acudían hombres decentes y muchos estafadores. Cayeron sobre mí, a cual mejor. Me pasaba allí la mitad de las noches, perdiendo mi dinero, y luego me iba a charlar con Madame de Charrière, que no se acostaba antes de las seis de la mañana, y me pasaba durmiendo la mitad del día. No sé si este hermoso género de vida llegó a oídos de mi padre, o si bastó la noticia de mi poco éxito con Mademoiselle Pourras para decidirle a hacerme abandonar París. Pero cuando menos me lo esperaba, se presentó en mi casa un tal señor Benay, lugarteniente de su regimiento, encargado de conducirme junto a él a Bois-le-Duc.

Estaba convencido de que merecía todos los reproches, y aquella especie de caos en que la conversación de Madame de Charrière me había sumido, me hacía insoportable por adelantado todo lo que, pensaba, estaba destinado a escuchar. Me resigné, sin embargo, y la idea de no obedecer a mi padre ni se me ocurrió. Pero un percance con el coche retrasó mi partida. Mi padre me había dejado en París un viejo coche en el que habíamos viajado, y en mis apuros monetarios se me había ocurrido venderlo. El señor Benay, contando con aquel coche, había venido en un pequeño cabriolé de una plaza. Tratamos de encontrar una silla de postas en el guarnicionero que me había comprado la de mi padre, pero no tenía ninguna o no quería alquilárnosla. Este percance nos retrasó un día entero. Durante ese día, mi

cabeza continuó cavilando, y la conversación de Madame de Charrière no contribuyó poco a aquel cavilar. Seguramente, ella no imaginaba el efecto que producía en mí. Pero al hablarme todo el tiempo de la estupidez del género humano, del absurdo de los prejuicios, al compartir mi admiración por todo lo que era extravagante, extraordinario, original, terminó por inculcarme el deseo de encontrarme también yo fuera de la senda habitual. No tenía, sin embargo, ningún proyecto, pero, con no sé qué idea confusa, tomé prestado de Madame de Charrière, por si acaso, una treintena de luises.

Al día siguiente, el señor Benay vino a deliberar conmigo sobre la manera en que viajaríamos, y convenimos en que nos serviríamos de su coche de una plaza, apañándonoslas como mejor pudiéramos. Como él no había visto nunca París, le propuse que no partiésemos hasta la noche, lo que consintió fácilmente. Yo no tenía ningún motivo concreto para aquella proposición, pero retrasaba un poco más el momento temido. Tenía mis treinta luises en el bolsillo, y experimentaba una especie de placer diciéndome que todavía era dueño de hacer lo que quisiese. Fuimos a cenar al Palais-Royal. El azar quiso que a mi lado se encontrase un hombre al que había visto en ocasiones en casa de Madame de Bourbonne y con quien había charlado agradablemente, ya que tenía bastante ingenio. Recuerdo todavía su nombre, que la circunstancia en que le vi por última vez (aquel día era el 24 de junio de 1787) grabó en mi memoria: caballero de La Roche Saint-André. Gran químico, hombre de talento que jugaba fuerte y siempre era bien recibido. Me dirigí a él, y, obsesionado como estaba con mi situación, me lo llevé aparte y le hablé con el corazón en la mano. Me escuchó probablemente con bastante indiferencia, como yo hubiera hecho en su lugar.

En el transcurso de mi sermón le dije que por momentos tenía ganas de acabar con todo aquello fugándome:

—¿Y adónde iría? —me dijo distraídamente.

—Pues a Inglaterra —respondí yo.

—Me parece bien —respondió—, es un hermoso país, y bastante libre.

—Todo se habría arreglado —le dije— cuando volviese.

—Seguramente —replicó—. Con el tiempo todo se arregla.

El señor Benay se acercó, y volví con él a terminar la cena que habíamos comenzado. Pero la conversación mantenida con el señor de La Roche Saint-André había actuado sobre mí de dos maneras: 1) mostrándome que los demás concederían muy poca importancia a una fuga que hasta entonces me había parecido la cosa más terrible; 2) haciéndome pensar en Inglaterra, lo que daba una dirección a mi aventura, si me decidía a escapar. Indudablemente, eso no significaba que tuviese el menor motivo para ir a Inglaterra más que a otra parte, o que esperase encontrar en ella la menor acogida; pero, en fin, mi imaginación estaba dirigida hacia un país más que hacia otro. Sin embargo, en principio no experimenté más que una especie de impaciencia provocada por la sensación de que el momento en que la decisión estaba todavía en mis manos iba a expirar, o incluso de que ese momento ya había pasado, puesto que debíamos tomar el coche nada más cenar y era probable que el señor de Benay ya no me dejaría solo hasta ese momento. Al abandonar la mesa volví a encontrarme con el caballero de La Roche, que me dijo riendo:

—¡Pero, cómo! ¿Todavía no se ha ido?

Aquella frase redobló mi lamento por no ser libre ya de hacerlo. Volvimos a casa, hicimos las maletas, llegó el coche, subimos a él. Yo suspiraba, diciéndome que por esta vez todo estaba decidido ya, y apretaba con humor, en mi bolsillo, mis inútiles treinta luises. Íbamos horriblemente apretados en el pequeño cabriolé de una plaza. Yo iba en el

fondo, y el señor Benay, que era bastante alto y, sobre todo, muy gordo, iba sentado en una pequeña silla entre mis piernas, sacudido y perdiendo el equilibrio a cada bache, golpeándose la cabeza a derecha o a izquierda. Apenas habíamos dado diez pasos cuando comenzó a quejarse. Yo le acompañé en sus quejas, con la idea de que si volvíamos a casa me encontraría de nuevo en libertad de hacer lo que quisiera. Efectivamente, no habíamos abandonado todavía París cuando dijo que le era imposible continuar así, y me pidió que lo dejáramos para el día siguiente y buscáramos otra manera de viajar. Consentí en ello, le acompañé a su hotel y de nuevo estaba en mi casa a las once de la noche, con diez o doce horas por delante para deliberar.

No necesité tantas para decidirme por una locura mucho más grave, y con mucha más culpa, que ninguna de las que había cometido hasta entonces. Pero yo no lo consideraba así. La cabeza me daba vueltas, tanto por el miedo a volver a ver a mi padre como por todos los sofismas que había repetido y escuchado repetir sobre la independencia. Estuve paseándome durante una media hora por mi habitación; luego, cogiendo una camisa y mis treinta luises, bajé por la escalera, giré la manivela, se abrió la puerta y salí a la calle. Todavía no sabía qué quería hacer. En general, lo que más me ha ayudado en mi vida a tomar decisiones absurdas, supuestamente dictadas por un temperamento decidido, era precisamente la ausencia completa de esa capacidad de decisión, y el presentimiento que siempre he tenido de que hiciese lo que hiciese nunca era irrevocable. De este modo, tranquilizado por la misma incertidumbre sobre las consecuencias de una locura que, me decía, tal vez no cometería, di un paso tras otro y la locura fue cumplida.

Aquella vez, fue exactamente así como me dejé arrastrar a mi ridícula huida. Pensé durante algunos instantes dónde pasaría la noche, y fui a pedir hospitalidad a una persona de virtud sospechosa que había conocido a principios del invierno. Me recibió con todo el cariño propio de su condición. Pero le dije que no se trataba ahora de sus encantos, que tenía que hacer un viaje de algunos días, a unas cincuenta leguas de París, y que necesitaba que me facilitara una silla de postas de alquiler para el día siguiente, tan temprano como pudiera. Mientras esperaba, como estaba muy nervioso, me propuse tomar fuerzas y pedí vino de Champaña, del que bastaron algunos vasos para que perdiera las pocas facultades que me quedaban para reflexionar. A continuación me dormí con un sueño bastante agitado, y cuando desperté me encontré con un guarnicionero que me alquiló una silla a tanto por día, sin interesarse por mi ruta, y limitándose a hacerme firmar un contrato que firmé con un nombre falso, decidido a devolverle su coche desde Calais. Mi dama me había conseguido también caballos de posta. Le pagué con largueza, y me encontré huyendo a uña de caballo hacia Inglaterra, con veintisiete luises en el bolsillo, sin haber tenido tiempo de reflexionar ni un solo instante. En veintidós horas me encontré en Calais. Encargué al señor Dessin que devolviera la silla a París y fui en busca de algún barco. Había uno que salía en aquel momento. Yo no tenía pasaporte, pero en aquellos felices tiempos no existían los obstáculos que conlleva cualquier trámite desde que los franceses, en su intento de ser libres, instauraron la esclavitud entre ellos y entre los demás. Un mozo de alquiler se encargó por seis francos de rellenar todos los formularios necesarios, y tres cuartos de hora después de mi llegada a Calais me encontraba embarcado.

Llegué por la noche a Douvres, conocí a un compañero de viaje que quería ir a Londres, y a la mañana del día siguiente me encontraba en aquella inmensa ciudad, sin nadie que me conociese, sin nada que hacer, y con quince luises por todo capital.

Lo primero que quería hacer era buscar alojamiento en una casa en la que había estado algunos días en mi última visita a Londres. Necesitaba ver un rostro conocido. No

había sitio, pero me facilitaron alojamiento cerca. Mi primera preocupación, una vez alojado, fue escribir a mi padre. Le pedía perdón por mi extraña huida, que trataba de justificar lo mejor que podía; le dije que había sufrido horriblemente en París, que estaba, sobre todo, harto de los hombres, deslicé algunas frases filosóficas sobre lo agotadora que resultaba la sociedad y sobre la necesidad de soledad. Le pedía permiso para pasar tres meses en Inglaterra en un retiro absoluto, y terminé con un giro verdaderamente cómico, sin darme cuenta de ello, hablándole de mi deseo de casarme y vivir tranquilo, con mi esposa, junto a él.

La realidad es que no sabía qué escribir, que tenía realmente necesidad de descansar de los seis meses de agitación moral y física, y que, encontrándome por primera vez completamente solo y completamente libre, ardía en deseos de gozar de aquella situación desconocida, a la que aspiraba desde hacía tanto tiempo. No me preocupaba para nada el dinero, pues de mis quince luises empleé dos, rápidamente, en comprar dos perros y un mono. Me llevé a mi alojamiento estas hermosas compras. Pero me peleé enseguida con el mono. Quise pegarle para corregirle. Pero se enfureció de tal manera que, a pesar de ser muy pequeño, no pude hacerme con él, y lo devolví a la tienda de animales donde lo había comprado, y donde me dieron un tercer perro a cambio. Pero pronto me harté de tanto animal, y revendí dos de los perros por la cuarta parte de lo que me habían costado. El tercer perro me cogió mucho cariño y fue mi fiel compañero en todas las peregrinaciones que emprendí muy pronto.

Mi vida en Londres, si prescindo de la inquietud que me producía la ignorancia del estado de ánimo de mi padre, no era ni dispendiosa ni desagradable. Pagaba media guinea a la semana por mi alojamiento, gastaba alrededor de tres chelines por día en mi manutención, y alrededor de otros tres más en extras, de manera que contaba con mis trece luises para subsistir casi un mes. Pero al cabo de dos días se me ocurrió recorrer Inglaterra, y empecé a pensar en cómo costearlo. Recordaba la dirección del banquero de mi padre, que me prestó veinticinco luises. Descubrí también la residencia de un hombre joven que había conocido, y al que había hecho muchos favores, en Lausana, cuando me movía en el círculo de Madame Trevor. Fui a verle. Era un hermoso joven, el más pagado de sí que viera jamás; se pasaba tres horas en el peluquero con un espejo en la mano para dirigir él mismo la colocación de cada cabello. Por lo demás, no carecía de ingenio, y tenía bastantes conocimientos de literatura antigua, como casi todos los jóvenes ingleses de alto rango. Su fortuna era muy considerable, y era de cuna distinguida.

Se llamaba Edmund Lascelles; fue miembro, aunque bastante oscuro, del Parlamento. Fui por lo tanto a verle; me recibió con educación, pero sin que pareciese recordar nada de nuestra anterior relación. No obstante, como en el transcurso de nuestra conversación me preguntó si podía serme útil en algo, y yo seguía teniendo en la cabeza mi viaje por las provincias de Inglaterra, le pedí que me prestara cincuenta luises. Me los negó excusándose torpemente en la ausencia de su banquero y en no sé qué otros pretextos. Su ayuda de cámara, honrado suizo que conocía a mi familia, me escribió para ofrecerme cuarenta guineas. Pero su carta, enviada a mi casa durante una excursión que hice fuera de Londres, sólo me llegó mucho tiempo después y cuando él ya había dispuesto de su dinero de otra manera. Coincidió que en la casa al lado de la mía se alojaba uno de mis antiguos amigos de Edimburgo, llamado John Mackay, quien tenía no sé qué empleo subalterno en Londres. Estuvimos encantados de volvernos a encontrar. Y yo lo estuve al no hallarme ya en una soledad tan absoluta: pasaba varias horas al día con él, aunque no tuviera un ingenio muy brillante. Pero me traía agradables recuerdos, y le tenía afecto, además, por nuestra

común amistad con el hombre del que hablé cuando conté mi vida en Edimburgo, aquel John Wilde, tan extraordinario por su talento y su carácter, que terminó de forma tan lamentable. John Mackay me procuró un segundo placer del mismo género al facilitarme la dirección de uno de nuestros camaradas, a quien había conocido en la misma época. Aquello me procuró algunas agradables veladas; pero no hacía progresar mis proyectos. Sin embargo, era para mí un nuevo motivo para llevarlos a cabo, porque aquellos encuentros me habían recordado vivamente mi estancia en Escocia. Escribí a John Wilde y recibí una respuesta tan amistosa que me prometí no abandonar Inglaterra sin haberle vuelto a ver.

Mientras tanto, continuaba viviendo en Londres, cenando frugalmente, yendo de cuando en cuando a algún espectáculo, e incluso a alguna casa de citas, gastando de ese modo el dinero de mi viaje, no haciendo nada, aburriéndome algunas veces, otras preocupándome por mi padre y haciéndome graves reproches, pero a pesar de todo ello con un indecible sentimiento de bienestar por mi completa libertad. Un día, al doblar una esquina, me tropecé de narices con otro estudiante de Edimburgo, convertido en doctor en medicina y con una situación envidiable en Londres. Se llamaba Richard Kentish, y sería conocido más tarde por algunas obras muy apreciadas. No habíamos tenido en Edimburgo una relación demasiado estrecha, pero en ocasiones nos habíamos emborrachado juntos. Se alegró mucho de volverme a encontrar y me llevó inmediatamente a casa de su mujer, a la que yo conocía desde hacía tiempo porque, mientras yo acababa mis estudios, él se la había traído para casarse en Gretna Green, como se suele hacer cuando los padres no consienten en un matrimonio. Una vez casado con ella, la había llevado a Edimburgo para presentarla a sus antiguos conocidos.

Era una mujer pequeña y delgada, seca, nada guapa y, creo, bastante autoritaria. Me recibió con mucha amabilidad. Salían al día siguiente para Brighthelmstone e insistieron en que fuera con ellos, prometiéndome toda clase de diversiones. Era precisamente la ruta opuesta a la que yo quería emprender. Por consiguiente, rechacé el ofrecimiento. Pero dos días después reflexioné que lo mismo daba divertirse en un lugar que en otro y tomé una diligencia, que me llevó en un día, junto a una tortuga destinada a la mesa del príncipe de Gales. Una vez allí, me instalé en una pequeña y fea habitación, y salí a continuación a buscar a Kentish, imaginándome que me esperaba la vida más divertida del mundo. Pero Kentish no conocía ni a un gato, no era recibido en sociedad, y empleaba su tiempo en curar a algunos enfermos por dinero y en observar a otros en un hospital, para aprender.

Todo aquello era sin duda muy práctico, pero no respondía a mis esperanzas. Pasé, no obstante, de ocho a diez días en Brighthelmstone, ya que no tenía motivos para esperar nada mejor en otra parte, y porque esta primera decepción me desanimaba, aunque equivocadamente, como se verá luego, de mis proyectos sobre Edimburgo. En fin, como me aburría cada vez más, partí súbitamente un día, después de cenar.

Lo que decidió mi partida fue el encuentro con un hombre que me propuso hacer el viaje a mitad de precio hasta Londres. Dejé una nota de despedida a Kentish y llegamos a Londres a medianoche. Yo tenía miedo de que nos robasen, ya que llevaba conmigo todo mi dinero y no hubiera sabido qué hacer. De modo que tenía entre las piernas un pequeño bastón de estoque con la firme resolución de defenderme y dejarme matar antes que entregar mi tesoro. Mi compañero de viaje, que seguramente no llevaba, como yo, toda su fortuna encima, encontraba mi precaución absurda. En fin, nuestro viaje se acabó sin que yo tuviese ocasión de demostrar mi coraje.

De regreso en Londres, dejé una vez más que transcurrieran varios días sin hacer nada. Y con gran asombro por mi parte, la independencia empezó a pesarme. Cansado de

recorrer las calles de aquella gran ciudad donde nada me interesaba, y viendo disminuir mis recursos, tomé finalmente unos caballos de posta y me fui primero a Newmarket.

No sé lo que me decidió por aquel lugar, a menos que fuera el nombre, que me recordaba las carreras de caballos, las apuestas y el juego, de los que había oído hablar mucho: pero no era la temporada. Allí no había un alma. Me pasé dos días pensando en lo que quería hacer.

Escribí una cariñosa carta a mi padre para asegurarle que no tardaría en volver junto a él; conté mi dinero, que vi reducido a dieciséis guineas, y luego, después de haber pagado mi alojamiento, me fui a pie camino adelante, con la resolución de llegar a Northampton, en cuyas cercanías vivía un tal señor Bridges, a quien había conocido en Oxford.

El primer día recorrí veintiocho millas bajo una lluvia torrencial. La noche me sorprendió en el camino, entre los brezales desiertos y tristes del condado de Norfolk; y empecé de nuevo a temer que los ladrones viniesen a poner término a todas mis aventuras y a todos mis peregrinajes, despojándome de todas mis pertenencias. Llegué, no obstante, sin contratiempos a un pequeño pueblo llamado Stokes. Me recibieron con bastantes malos modos en la posada porque me habían visto llegar a pie, y en Inglaterra sólo viajan de esta manera los mendigos y la peor especie de ladrones, conocidos como «footpads». Me dieron una cama espantosa y me costó mucho trabajo conseguir sábanas blancas; sin embargo, dormí en ella muy bien, y a fuerza de quejarme y darme aires de importancia conseguí que por la mañana me tratasen como un *gentleman* y que me cobrasen como a tal.

Aquello no era más que una cuestión de honor, pues volví a partir a pie después de haber desayunado, y tras haber recorrido catorce millas llegué a comer a Lynn, pequeña ciudad comercial en la que me detuve de nuevo porque mi manera de viajar empezaba a cansarme.

Había caminado toda la mañana bajo un sol de justicia, y cuando llegué estaba agotado por el cansancio y por el calor. Empecé por beberme una gran jarra de negus,[6] que encontré nada más entrar en la posada, y a continuación quise hacer algunas gestiones para continuar mi viaje. Pero me encontré de repente completamente ebrio, hasta el punto de no darme cuenta de lo que hacía y no poder responder de mí mismo. Tuve, no obstante, el suficiente sentido común como para sentir terror al verme en aquel estado en una ciudad desconocida, completamente solo y con muy poco dinero en el bolsillo. Era una sensación muy extraña para mí encontrarme a merced del primero que llegara y privado de cualquier medio de responder, de defenderme y de actuar. Cerré mi puerta con llave y, hallándome así al abrigo de los demás, me acosté en el suelo para esperar a que las ideas volviesen.

Pasé de aquella manera cinco o seis horas, y la extravagancia de la situación, unida al efecto del vino, me provocó unas sensaciones tan violentas y tan extrañas que nos las he olvidado nunca. Me veía a trescientas leguas de mi casa, sin bienes ni apoyo alguno, ignorando si mi padre me reconocería o renegaría de mí para siempre, no teniendo de qué vivir más allá de quince días, y habiéndome puesto yo mismo en aquella situación sin ninguna necesidad y sin ningún fin. Mis reflexiones en aquel estado de ebriedad eran mucho más sensatas y razonables que las que me había hecho cuando gozaba del pleno dominio de mi razón, porque entonces había concebido proyectos y me sentía con fuerzas, y ahora el vino me había quitado toda fuerza y tenía la cabeza demasiado nublada como para ocuparme de cualquier proyecto. Poco a poco se restablecieron mis ideas y me vi lo bastante dueño de mis facultades como para recabar información sobre la manera de continuar mi viaje más cómodamente. Mis pesquisas no fueron satisfactorias. No poseía bastante dinero para comprar un viejo caballo, por el que me pedían doce luises. Volví a

tomar una silla de postas, decidiéndome así por el método más caro de viajar precisamente porque no tenía casi nada, y fui a pasar la noche a una pequeña villa llamada Wisbeach.

En el camino me encontré con un hermoso coche, que había volcado. A su lado había un caballero y una dama, a los que ofrecí llevar en el mío. Aceptaron. Me congratulé pensando que este encuentro me haría pasar una velada menos solitaria. Pero para mi gran sorpresa, en cuanto pusieron pie a tierra, el caballero y la dama me hicieron una reverencia y se fueron sin decir palabra. Al día siguiente me enteré que había llegado una mala compañía de comediantes, que actuaría en una granja; como allí me encontraba tan bien como en cualquier otra parte decidí quedarme para asistir al espectáculo. Ya no recuerdo qué obra se representaba. En fin, al día siguiente volví a tomar una silla de postas y llegué hasta Thrapston, el lugar más cercano a la parroquia de Wadenho, donde contaba con encontrar al señor Bridges. Tomé un caballo en la posada y llegué enseguida a Wadenho.

El señor Bridges era, efectivamente, el párroco de aquel pueblo, pero acababa de salir de viaje y no estaría de vuelta hasta dentro de tres semanas. Esta noticia daba al traste con todos mis planes, sin medios de obtener el dinero necesario para ir a Escocia, sin ningún conocido en los alrededores, con apenas lo suficiente para volver a Londres y pasar quince días, lo que ni siquiera era suficiente para esperar allí la respuesta de mi padre. No había que perder tiempo en deliberaciones, pues cada cena y cada cama me ponían en una situación más embarazosa. Tomé una decisión. Calculando meticulosamente vi que podía llegar hasta Edimburgo si iba a caballo o en cabriolé, solo; una vez allí, contaba con mis amigos. ¡Lo que hace la juventud! Si hoy tuviese que hacer cien leguas para ponerme a merced de personas que no me debían nada, y sin ninguna necesidad que excusase semejante acción, si tuviese que exponerme a que me preguntasen qué iba a hacer yo allí y me negasen lo que necesitaba o me apetecía, nada en el mundo podría decidirme a ello. Pero, con veinte años, nada me parecía más natural que decir a mis amigos de colegio: «He hecho trescientas leguas para cenar contigo; llego sin un céntimo, invítame, agasájame, bebamos juntos, agradécemelo y préstame dinero para volver». Estaba convencido de que debía encantarles este lenguaje.

Hice llamar a mi posadero y le dije que quería aprovechar la ausencia de mi amigo Bridges para ir a pasar algunos días a unas millas de allí, y que debía conseguirme un cabriolé. Me mandó a un hombre que tenía uno, con un buen caballo. Desgraciadamente, el cabriolé estaba en Stamford, pequeño pueblo a diez millas. No puso ningún inconveniente en alquilármelo. Me prestó su caballo y a su hijo como guía para retirar el cabriolé del guarnicionero que debía repararlo, y convinimos que saldría de Stamford para viajar más lejos. Me alegré de que mi asunto se hubiese resuelto tan fácilmente, y al día siguiente estaba montado sobre su caballo. El hijo del hombre a quien pertenecía montó sobre un viejo rocín que el posadero le prestó, y llegamos sin contratiempos a Stamford. Pero allí me esperaba un gran contratiempo. El cabriolé no estaba reparado todavía. Busqué otro, inútilmente. Intenté convencer a mi joven acompañante para que me dejase partir a caballo, pero se negó. Tal vez hubiera cedido, pero a la primera palabra monté en cólera y le cubrí de insultos. Se burló de mí. Entonces quise intentarlo por las buenas, pero me dijo que le había tratado mal, montó sobre su caballo y me dejó allí plantado. Mis problemas aumentaban así a cada minuto. Me fui a dormir, en Stamford, en un estado de completa desesperación.

Al día siguiente tomé la determinación de volver a Thrapston, con la esperanza de convencer a mi posadero para que me consiguiera otro vehículo. Pero cuando volví a hablarle de ello, no lo encontré muy dispuesto. Una circunstancia bastante extraña, que yo

no habría adivinado nunca, le había hecho formarse una mala opinión de mí. Desde mi borrachera de Lynn, sentía cierta repugnancia hacia el vino por miedo al estado en el que me había encontrado durante algunas horas. En consecuencia, durante todo el tiempo que había pasado en la posada de Thrapston, no había bebido más que agua. Esta abstinencia, tan poco frecuente en Inglaterra, le había parecido a mi posadero un verdadero escándalo. No fue él quien me habló de la mala impresión que le había causado, fue el hombre que me había alquilado anteriormente el cabriolé, al que había hecho venir para tratar de reanudar con él la negociación. Al quejarme de la conducta de su hijo, me respondió:

—¡Ah, señor! ¡Se cuentan de usted cosas tan extrañas!

Aquello me asombró y pedí una explicación.

—No ha bebido usted una gota de vino desde que está aquí —replicó.

Me quedé estupefacto. Hice que me trajeran al instante una botella de vino, pero el daño ya estaba hecho y no pude conseguir nada. Por una vez, tenía que tomar una decisión. Alquilé de nuevo un caballo para el día siguiente, con el pretexto de ir a Wadenho a ver si el señor Bridges había llegado ya. La mala suerte quiso que, de los dos caballos que tenía mi posadero, sólo el peor se encontrara allí. Así que tuve por montura un raquítico caballo blanco, horriblemente feo y muy viejo.

Partí al día siguiente de madrugada, y a diez o doce millas de allí le escribí al posadero que me había encontrado con uno de mis amigos, quien iba a ver las carreras de caballos a Nottingham y me había invitado a que le acompañase. Ignoraba el riesgo a que me exponía. En Inglaterra, la ley considera como un robo el uso de un caballo alquilado para un fin distinto al que se ha convenido. El propietario del caballo no tenía más que denunciarme o hacer que aparecieran mis señas en los periódicos. Habría sido arrestado sin ninguna duda, llevado ante la justicia, y tal vez incluso condenado y deportado a las islas; o, como mínimo, habría sufrido un proceso por robo, lo que, incluso en el caso de ser absuelto, no habría sido menos desagradable y, teniendo en cuenta mi huida, habría producido un efecto desastroso en todos aquellos lugares que estuviesen al tanto. En fin, aquello no ocurrió. Al principio, el dueño del caballo se extrañó un poco. Fue a Wadenho, donde por suerte se encontró con el señor Bridges, quien acababa de llegar, y que, gracias a una carta que yo le había dirigido, respondió de mi vuelta.

Por lo que a mí respecta, no sospechando nada, recorrí el primer día una veintena de millas e hice noche en Kettering, un pueblecito de Leicestershire, si no recuerdo mal. Fue entonces cuando comenzó verdaderamente, y por primera vez, el placer de la independencia y la soledad que me había prometido tan a menudo. Hasta aquel momento no había hecho otra cosa que errar sin rumbo fijo, insatisfecho, con un vagabundeo que me parecía, con razón, ridículo y sin fin alguno. Ahora tenía un objetivo, poco importante si se quiere, pues no se trataba más que de ir a hacer una visita de quince días a mis amigos del colegio. Pero, en fin, era un objetivo claro, y respiraba tranquilo sabiendo que aquello era lo que quería.

He olvidado las diferentes paradas que hice en el camino sobre mi triste caballito blanco; lo único que recuerdo es que todo el viaje fue delicioso. El país que atravesaba era un jardín. Pasé por Leicester, por Derby, por Buxton, por Chorley, por Kendall, por Carliste. De allí pasé a Escocia y llegué a Edimburgo. Fue un viaje tan placentero que no puedo dejar de describir los menores detalles. Hacía de treinta a cincuenta millas por día. Los dos primeros días me mostré un poco tímido en las posadas. Mi montura estaba tan enclenque que me parecía que no tenía un aire más rico ni más *gentlemanlike* que cuando viajaba a pie, y recordaba la mala acogida que había tenido cuando viajaba de aquel modo. Pero pronto descubrí que había una inmensa diferencia entre un viajero a pie y un viajero a

caballo. En Inglaterra las casas de comercio tienen viajantes que recorren de este modo todo el reino para visitar a sus clientes. Estos viajantes viven muy bien y hacen mucho gasto en las posadas, de manera que siempre son recibidos con muchas atenciones. El precio de la cena y de la cama es fijo, porque los posaderos se resarcen con el vino. En todas partes yo era considerado como uno de esos viajantes, y en consecuencia recibido de maravilla. Siempre se encontraba a siete u ocho con los que charlar, que cuando descubrían que yo era de una clase superior a la suya me trataban todavía mejor.

Inglaterra es un país en el que, por una parte, los derechos de todos están garantizados y, por otra, las diferencias de rango son muy respetadas, de manera que viajaba casi gratis. Todo mi gasto y el de mi caballo no superaban la media guinea por día. La belleza del país, la de la estación, la de los caminos, la limpieza de las posadas, la expresión de felicidad, de sentido común y de sensatez de los habitantes son para cualquier viajero observador una continua fuente de placer. Conocía el idioma hasta el punto de poder ser tomado por un inglés, o mejor aún, por un escocés, ya que había conservado el acento escocés desde mis primeros estudios en Escocia.

Llegué finalmente a Edimburgo el 12 de agosto de 1787, a las seis de la tarde, con alrededor de nueve o diez chelines en el bolsillo.

Me apresuré a buscar a mi amigo Wilde, y dos horas después de mi llegada estaba con todos aquellos amigos que se encontraban todavía en la ciudad, pues la temporada había alejado a los más ricos, que estaban en sus propiedades. Quedaban todavía, sin embargo, bastantes como para que nuestra reunión fuera numerosa, y todos me recibieron con verdaderas muestras de alegría. Estaban agradecidos por la extravagancia de mi expedición, algo que tiene siempre atractivo para los ingleses.

Nuestra vida en común durante los quince días que pasé en Edimburgo fue un continuo festín. Mis amigos me agasajaron a cual más y mejor, y todas las tardes y las noches las pasábamos juntos. El pobre Wilde, sobre todo, ponía en agradarme un empeño que demostraba de la manera más ingenua y conmovedora. ¡Quién me hubiera dicho que siete años después estaría atado a un camastro! Finalmente, hubo que pensar en la vuelta. Fue a Wilde a quien me dirigí. Me consiguió con dificultad, pero con la mejor voluntad del mundo, diez guineas. Volví a montar en mi animal, y partí. Había ido a visitar a Niddin a aquellos Wauchope que tan bien me habían acogido cuando era estudiante, y me habían dicho que la hermana mayor se encontraba en un pueblecito, un balneario, si no me equivoco, llamado Moffat. Aunque no tenía motivos para dar un rodeo, quise sin embargo ir a verla, no sé por qué, pues era una persona muy poco agradable, de treinta a treinta y cinco años, fea, pelirroja, agria y caprichosa a más no poder. Pero yo estaba tan contento y tan satisfecho con el recibimiento que me habían hecho, que no quería dejar pasar una ocasión de ver todavía a algunos de aquellos buenos escoceses que iba a abandonar por un tiempo indefinido. Efectivamente, no he vuelto a verlos después.

Me encontré a la señorita Wauchope instalada sola, como convenía a su temperamento. Me agradeció la visita y me aconsejó que volviese a Londres por los condados de Cumberland y de Westmoreland. Un pobre hombre, protegido suyo, se unió a nosotros, e hicimos un recorrido bastante agradable. Me alegré de ver aquella parte de Inglaterra, que no habría conocido de no ser por ella. Porque soy tan perezoso y carezco hasta tal punto de curiosidad que por propia voluntad no he ido nunca a visitar ni un monumento, ni una región, ni a un hombre célebre. Permanezco donde la suerte me arroja hasta que doy un salto que me sitúa de nuevo en un lugar completamente distinto. Pero no es ni la afición por las diversiones, ni el aburrimiento, ni ninguno de los motivos que, de

ordinario, deciden a los hombres normalmente en la vida lo que me motiva. Es necesario que me sacuda una pasión para que una idea fija se apodere de mí y se convierta en pasión. Esto es lo que me da un aspecto bastante razonable a los ojos de los demás, que ven, en los intervalos de las pasiones que me agitan, cómo me conformo con la vida menos atractiva que cabe imaginar y no busco ninguna distracción.

Las partes más bellas del Westmoreland y del Cumberland, pues hay otras que son horribles, se parecen en miniatura a Suiza. Son unas montañas bastante altas, cuyas cimas están rodeadas de brumas en lugar de estar cubiertas de nieve, lagos con islas verdes, hermosos árboles, bellas aldeas, dos o tres pueblecitos limpios y cuidados. Añadid a esto una completa libertad de ir y venir sin que un alma os moleste, y sin que nada recuerde a esa policía para la que los culpables son los sospechosos y los inocentes su objetivo. Todo esto convierte cualquier recorrido por Inglaterra en un verdadero placer. En Keswick, en una especie de museo, vi una copia de la sentencia de Carlos I con las firmas de todos sus jueces perfectamente reproducidas, y observé con curiosidad la de Cromwell, que hasta principios de este siglo ha pasado por ser un audaz y hábil usurpador, pero que hoy día no merece el honor de que se le nombre.

Después de haberme acompañado, creo que hasta Carliste, la señorita Wauchope me dejó, dándome como último consejo la recomendación de no volver a hacer locuras parecidas a la huida que le había valido el placer de volver a verme. Desde allí continué mi viaje con recursos suficientes para llegar a casa del señor Bridges, donde esperaba encontrar nuevos recursos, cada vez más satisfecho con mi género de vida, del cual recuerdo que no lamentaba más que una cosa, y era que llegara el momento en que la vejez me impidiese viajar de aquel modo, completamente solo y a caballo. Pero me consolaba prometiéndome continuar con aquella vida todo el tiempo que pudiese. Finalmente, llegué a Wadenho, donde encontré todo dispuesto para mi recibimiento. El señor Bridges se encontraba ausente, pero llegó al día siguiente. Era un hombre excelente, de una devoción casi fanática, pero todo corazón conmigo, hasta el punto de que estaba convencido, sin que yo se lo dijese, de que había venido expresamente de París para verle. Me retuvo en su casa varios días, me paseó por los alrededores y sacó a flote mis negocios. Entre las personas que me presentó no recuerdo más que a una tal lady Charlotte Wentworth, de unos setenta años, a quien yo miraba con especial veneración porque era hermana del marqués de Rockinham, y la política escocesa me había inspirado un gran entusiasmo por la administración de los *whigs,*[7] de los que él había sido jefe.

Para corresponder a todas las amabilidades del señor Bridges me plegaba de buena gana a sus costumbres religiosas, por muy diferentes que fuesen de las mías. Todas las tardes reunía a algunos jóvenes de cuya educación se encargaba, dos o tres sirvientes que tenía en su casa, campesinos, mozos de cuadra y algunas personas más y les leía pasajes de la Biblia; luego nos hacía poner de rodillas a todos y pronunciaba fervientes y largas oraciones. A menudo se revolcaba literalmente por el suelo, golpeaba el piso con la frente y se daba violentos golpes en el pecho sin parar. La menor distracción durante aquellos ejercicios, que duraban por lo habitual más de una hora, le sumía en una honda desesperación. Sin embargo, de buena gana me habría resignado a permanecer indefinidamente en casa del señor Bridges, tal era el temor que empezaba a tener de presentarme ante mi padre. Pero como no había medio de prolongar mi estancia fijé el día de mi partida. Había devuelto a su propietario el fiel caballito blanco que me había llevado durante todo mi viaje. La pasión por esta manera de viajar hizo que pensara en comprar uno, sin tener en cuenta la dificultad que habría tenido para sacarlo de Inglaterra. El señor

Bridges me sirvió de fiador, y volví a encontrarme en el camino de Londres, en una montura mucho mejor y muy satisfecho con mi idea de volver de aquella guisa a casa de mi padre. Llegué, no sé qué día de septiembre, y todas mis hermosas esperanzas se disiparon. Había podido explicar al señor Bridges por qué me encontraba sin dinero en su casa. Pero no le había confesado que en Londres estaría en la misma situación. Él creía, por el contrario, que una vez llegado allí los banqueros a los que mi padre habría debido de dirigirme me proveerían de los fondos que necesitase. Por lo tanto, no me había prestado más dinero que el que necesitaba para llegar hasta Londres.

Lo más razonable hubiera sido vender mi caballo, meterme en una diligencia y volver lo más discretamente y de la forma menos cara posible al lugar donde tenía finalmente que volver. Pero me había aficionado al modo de viajar que había adoptado y me puse a buscar otros recursos. Me acordé de Kentish: fui a verle y me prometió sacarme del atolladero, y con aquella promesa ya sólo me ocupé de aprovechar el poco tiempo durante el que gozaría todavía de una independencia que volvería a perder muy pronto. Gasté de diversas maneras lo poco que me quedaba, y finalmente me encontré sin blanca. Unas cartas de mi padre, que me llegaron al mismo tiempo, despertaron también en mí unos remordimientos que los sinsabores de la situación no hacían más que aumentar. Mi padre expresaba una profunda tristeza por toda mi conducta y por la prolongación de mi ausencia, y me informaba que, para obligarme a volver a su lado, había prohibido a sus banqueros que atendieran ninguno de mis gastos. Volví a hablar con Kentish, quien, cambiando de lenguaje, me dijo que no debería haberme puesto en aquella situación en lugar de quejarme de encontrarme en ella. Recuerdo todavía la impresión que me produjo aquella respuesta. Por primera vez en mi vida me veía a merced de otro que se empeñaba en hacerlo patente. No es que Kentish quisiese en absoluto abandonarme, pero no me ocultaba, mientras me ofrecía ayuda, ni la condena de mi conducta ni la compasión que le llevaba a socorrerme, y su ayuda estaba envuelta en las maneras más humillantes. Para no tener que prestarme un chelín me propuso que fuera a cenar a su casa todos los días, y para hacerme sentir que no me consideraba como un amigo al que se invita, sino como a un pobre al que se alimenta, fingió, durante cinco o seis días, no tener para cenar más que lo necesario para su mujer y para él, repitiendo que su economía no alcanzaba más que para dos personas.

Soporté aquella insolencia porque había escrito a los banqueros, a pesar de la prohibición de mi padre, y esperaba encontrarme en situación de hacer sentir a mi pretendido bienhechor todo lo que pensaba de su proceder. Pero aquellos desgraciados banqueros estaban, o decían que estaban, en el campo, y me hicieron esperar su respuesta toda una semana. La respuesta llegó finalmente, y fue una negativa en toda regla. Fue necesario, por tanto, que recurriera una última vez a Kentish, quien me aconsejó que vendiera mi caballo y me fuera, con lo que sacase, como pudiera y adonde pudiera. El único favor que me hizo fue acompañarme a casa de un tratante de caballos, que me lo compraría inmediatamente. No tenía otra salida; y después de una escena bastante violenta, que hubiera acabado en pelea si no se hubiese mostrado tan insensible a mis reproches como lo había sido a mis ruegos, fuimos juntos a casa del hombre del que me había hablado. Me ofreció cuatro luises por un caballo que me había costado quince. Estaba tan furioso, y traté a aquel hombre, que en el fondo no hacía más que cumplir con su oficio, con tanta insolencia, que a punto estuve de ser apaleado por él y por sus hombres. Como el negocio se había echado a perder, Kentish, que empezaba a tener tantas ganas como yo de acabar con todo aquello, se ofreció a prestarme dos guineas a condición de que le extendiese una letra de cambio por aquella suma y que, además, le dejara el caballo, que

prometía vender lo mejor que pudiese en mi nombre. Yo no estaba en condiciones de rehusar nada.

Acepté, por tanto, y partí prometiéndome no volver a cometer locuras semejantes. Como despedida de mis aventuras caballerescas me propuse ir a todo galope hasta Douvres. Ésta es una manera de viajar que no es frecuente en Inglaterra, donde se va igual de rápido y más barato en silla de postas. Pero yo pensaba que no era digno de mí no tener un caballo entre las piernas. El pobre perro que me había acompañado tan fielmente en todas mis correrías fue la víctima de esta última locura. Cuando digo última, hablo de las que cometí en Inglaterra, de donde partí al día siguiente. El perro sucumbió al cansancio a algunas millas de Douvres. Lo confié casi moribundo a un cochero con una nota para Kentish, en la que le decía que, ya que él trataba a sus amigos como a perros, esperaba que trataría a aquel perro como a un amigo. Varios años más tarde me enteré de que el cochero había cumplido mi encargo y de que Kentish había mostrado el perro a uno de mis primos, que viajaba por Inglaterra, diciéndole que era una prueba de la amistad íntima y sincera que le había unido siempre conmigo.

En 1794, a aquel mismo Kentish se le ocurrió escribirme en el mismo tono, recordándome los deliciosos días que habíamos pasado juntos en 1787. Le respondí secamente y no he vuelto a oír hablar de él.

En el momento en que ponía pie a tierra en Douvres, salía un barco para Calais. Subí a él y el 1 de octubre me volvía a encontrar en Francia. Aquélla fue la última vez hasta hoy que vi Inglaterra, asilo de todo lo que es noble, tierra de felicidad, de sabiduría y de libertad, pero donde no hay que contar siempre con las promesas de los amigos de colegio. Pero soy un ingrato. He encontrado veinte veces más personas buenas que malas.

En Calais, un nuevo problema. Calculé que con el resto de mis diez guineas no habría manera de llegar a Bois-le-Duc, donde se encontraba mi padre. Tanteé al señor Dessin, pero estaba demasiado acostumbrado a proposiciones semejantes por parte de todos los aventureros que iban a Inglaterra, o que volvían de ella, como para estar dispuesto a escucharme. Me dirigí finalmente a un criado de la posada, quien me prestó tres luises a cambio de un reloj que valía diez, con lo que todavía no tenía suficiente para llegar. Y volví a cabalgar día y noche, dirigiéndome al lugar donde no me esperaban más que disgustos y reproches.

Al pasar por Brujas caí en manos del viejo dueño de una posta que al ver mi aspecto pensó, con bastante penetración, que podría timarme. Empezó por decirme que no tenía caballos y que no contaba con tenerlos en varios días, pero se ofreció a conseguírmelos a un precio excesivo. Hecho el negocio, me dijo que el dueño de los caballos no tenía coche. O me metía en un nuevo negocio o perdía el anterior. Opté por lo primero. Pero cuando creía que todo estaba resuelto, no había cochero para llevarme, y sólo conseguí uno a un precio exorbitante. Me sentía tan invadido por la tristeza, imaginándome a mi padre, cuyas últimas cartas habían sido tan desgarradoras, presa de la desesperación, y pensaba tanto en el recibimiento y en la dependencia, de la que ya había perdido la costumbre, que me esperaban, que no tenía fuerzas para enfadarme ni para discutir por nada. Me sometí, pues, a todas las bribonadas de aquel viejo tunante de la posta y finalmente me puse en camino; pero el destino no quería que llegase muy lejos. Eran aproximadamente las diez cuando salí de Brujas muerto de cansancio. Me dormí casi inmediatamente. Después de un profundo sueño, me desperté, la silla estaba detenida y el cochero había desaparecido. Después de haberme frotado los ojos, de haber llamado, gritado, jurado, oí cerca de mí un violín. El sonido venía de una taberna donde los campesinos bailaban, y mi cochero con ellos, con

todas sus ganas.

En la posta anterior a Anvers, gracias al tunante de Brujas, me encontré sin medios para pagar los caballos que me habían llevado hasta allí, y esta vez no conocía a nadie. Tampoco había nadie que hablara francés, y mi mal alemán era casi ininteligible. Saqué una carta de mi bolsillo y traté de hacer comprender por señas al dueño de las postas que era una carta de crédito para Anvers. Como, afortunadamente, nadie podía leerla, me creyeron, y conseguí que me llevasen hasta allí, prometiendo, siempre por señas, que pagaría todo lo que llegase a deber. En Anvers fue necesario una vez más que mi cochero me prestase dinero para pagar una barcaza, e hice que me condujesen a la posada, donde ya me había alojado antes, varias veces, con mi padre. El posadero me reconoció, pagó mi deuda y me prestó dinero para continuar el viaje. Pero tenía tanto miedo a que me faltase dinero que mientras enganchaban los caballos corrí a casa de un comerciante que había conocido en Bruselas y le pedí prestados algunos luises más, a pesar de que, casi con toda probabilidad, no los iba a necesitar. Finalmente, al día siguiente llegaba a Bois-le-Duc. Estaba sumido en la más horrible angustia, y durante algún tiempo no tuve fuerzas suficientes para presentarme en la residencia de mi padre. Pero era necesario que me armara de valor y fuese a verlo. Mientras seguía al guía que había venido a buscarme, temblaba pensando en los justos reproches que seguramente me haría, y más todavía en el dolor, e incluso enfermedad, causada por aquel dolor, en que podía encontrarlo. Sus últimas cartas me habían desgarrado el corazón. Me había hecho saber que estaba enfermo por la pena que le causaba, y que si prolongaba mi ausencia iba a tener su muerte sobre mi conciencia. Entré en su habitación. Estaba jugando al whist con tres oficiales de su regimiento.

—¡Ah! ¿Estás aquí? —me dijo—. ¿Cómo has llegado?

Le dije que había viajado unas veces a caballo y otras en coche, día y noche. Mientras, él continuó con su partida. Suponía que su cólera estallaría cuando estuviésemos solos. Se fue todo el mundo.

—Debes de estar cansado —me dijo—. Ve a acostarte.

Me acompañó a mi habitación. Como iba delante de él, vio mi ropa desgarrada.

—Ya me temía yo esto de tu aventura —dijo.

Me abrazó, me dio las buenas noches y me acosté. Me quedé estupefacto con aquel recibimiento, que no era ni el que me había temido ni el que había esperado. En medio de mi temor a ser tratado con una severidad que sentía merecida, hubiera necesitado, a riesgo de algunos reproches, tener una conversación franca con mi padre. Mi cariño había aumentado por el dolor que le había causado. Hubiera necesitado pedirle perdón, hablar con él sobre mi vida futura. Estaba ansioso por recuperar su confianza y que él volviese a tenerla en mí. Esperé, con una mezcla de temor, que hablaríamos al día siguiente con el corazón en la mano.

Pero el día siguiente no trajo ningún cambio en su comportamiento, y las tentativas que hice por entablar una conversación sobre el asunto, así como algunas disculpas que aventuré con torpeza, no obtuvieron ninguna respuesta. Durante los dos días que pasé en Bois-le-Duc no hubo nada entre nosotros. Creo que yo mismo tendría que haber roto el hielo. Si a mí me dolía el silencio de mi padre, probablemente a él le hería el mío. Probablemente, lo atribuía a una indiferencia censurable después de tan imperdonable conducta, y lo que yo tomaba por indiferencia era tal vez un oculto resentimiento. Pero en aquella ocasión, como en otras mil de mi vida, estaba paralizado por una timidez que nunca he conseguido vencer, y mis palabras expiraban en mis labios si nadie me animaba a continuar. Mi padre dispuso, pues, mi partida con un joven bernés, oficial de su regimiento.

No me habló más que de lo que se refería a mi viaje, y subí al coche sin haber dicho una palabra sobre la locura que acababa de hacer o sobre mi arrepentimiento, y sin que mi padre pronunciara una palabra que mostrara su tristeza o su enfado. El bernés con el que hacía el viaje era de una de las familias aristocráticas de Berna. Mi padre sentía horror por aquel gobierno y me había educado en esos principios. Ni él ni yo sabíamos entonces que casi todos los viejos gobiernos son blandos porque son viejos, y todos los nuevos gobiernos duros porque son nuevos. Exceptúo, sin embargo, un despotismo absoluto como el de Turquía o el de [8] porque todo depende de un solo hombre, al que el poder vuelve loco, y, entonces, los inconvenientes de la novedad que no se encuentran en la institución se encuentran en el hombre. Mi padre se pasaba la vida despotricando contra la aristocracia bernesa, y yo repetía sus diatribas. No pensábamos que nuestras críticas, por el sólo motivo de que no tenían que ver con nosotros, se demostraban falsas; aunque no lo fueron siempre. A fuerza de acusar de injusticia y de tiranía a unos oligarcas que no eran culpables más que de autoritarismo y de insolencia, mi padre consiguió que fueran injustos con él, y aquello acabó por costarle su puesto, la fortuna y el descanso de los veinticinco últimos años de su vida.

Imbuido de todo su odio contra el gobierno de Berna, apenas me encontré en la silla de postas con un bernés empecé a repetir todos los argumentos conocidos contra los privilegios políticos, contra los derechos arrebatados al pueblo, contra la autoridad hereditaria, etc., aprovechando para prometer a mi compañero de viaje que, si se presentaba la ocasión, libraría al país de Vaud de la opresión en que lo mantenían sus compatriotas. Once años después se presentó la ocasión. Pero entonces conocía ya la experiencia de Francia, donde había sido testigo de lo que es una revolución y actor bastante impotente; conocía lo que significaba la libertad basada en la justicia, y me guardé mucho de revolucionar Suiza. Lo que me choca, mientras relato mi conversación con aquel bernés, es la poca importancia que se concedía entonces a la expresión de cualquier opinión y la tolerancia que distinguía aquella época. Si hoy día alguien pronunciara la cuarta parte de aquello, no duraría ni una hora en libertad.

Llegamos a Berna, donde abandoné a mi compañero de viaje, y tomé la diligencia hasta Neuchâtel; aquella misma noche me presenté en casa de Madame de Charrière. Fui recibido por ella con grandes muestras de alegría, y retomamos nuestras conversaciones de París. Pasé allí dos días, y tuve la ocurrencia de volver a pie a Lausana. Madame de Charrière encontró aquella idea encantadora, porque cuadraba, decía, con toda mi expedición a Inglaterra. Aquello hubiera sido, razonablemente hablando, un motivo para no hacer algo que podía recordármela y evitar que pareciese un hijo pródigo.

En fin, me encontraba otra vez en casa de mi padre y sin otra perspectiva que vivir allí tranquilamente. Su amante, a la que entonces yo no tomaba por tal, trató de que yo me sintiese lo mejor del mundo. Mi familia se portó muy bien conmigo. Pero llevaba allí apenas quince días cuando mi padre me hizo saber que había obtenido del duque de Brunswick, que estaba entonces a la cabeza del ejército prusiano en Holanda, un puesto en su corte, y que debía hacer los preparativos para irme a Brunswick durante el mes de diciembre. Consideré aquel viaje como un medio de vida más independiente del que habría podido tener en Suiza, y no puse ninguna objeción. Pero no quería partir sin pasar antes algunos días en casa de Madame de Charrière, y monté en mi caballo para hacerle una visita.

Además del perro que me había visto obligado a abandonar en el camino de Londres a Douvres, había recogido a una perrita por la que sentía mucho cariño, y la llevé conmigo.

En un bosque que hay cerca de Yverdon, entre Lausana y Neuchâtel, me equivoqué de camino y llegué a la puerta de un viejo castillo que había en una aldea. Dos hombres salían precisamente en aquel momento con perros de caza. Aquellos perros se arrojaron sobre mi animalito, no para hacerle daño sino, al contrario, por galantería. Pero yo no veía claras sus intenciones y los espanté a latigazos.

Uno de los dos hombres me insultó bastante groseramente. Le respondí en el mismo tono y le pregunté su nombre. Me dijo, mientras continuaba con los insultos, que era el caballero Duplessis D'Épendes, y después de haber seguido insultándonos todavía unos minutos, convinimos que al día siguiente iría a su casa para batirnos en duelo. Volví a Lausana y le conté mi aventura a uno de mis primos, rogándole que me acompañase. Me lo prometió, pero me dijo que al ir yo a casa de mi adversario estaba reconociendo ser el agresor, y que era posible que un criado o un guarda de caza se hubieran hecho pasar por su señor, y más valía enviar a alguien a Épendes con una carta para asegurarme de la identidad del personaje y, en tal caso, fijar otro lugar de encuentro. Seguí su consejo. Mi mensajero me trajo una respuesta, confirmándome que se trataba, efectivamente, del señor Duplessis, capitán al servicio de Francia; una respuesta llena, por lo demás, de insinuaciones desagradables por haber solicitado yo informaciones en vez de haber ido al lugar y el día fijados. El señor Duplessis señalaba otro día en territorio neuchâtelense.

Partimos, mi primo y yo, y durante el camino estuvimos de muy buen humor. Lo recuerdo porque, de repente, mi primo me dijo: «Hay que reconocer que vamos muy alegres». Y no pude evitar reírme de que encontrara un mérito suyo aquello, pues no iba a ser más que espectador. Por lo que a mí se refiere, tampoco tenía mérito alguno. No me considero más valiente que cualquier otro, pero una de las cualidades con que me ha distinguido la naturaleza es la de sentir un gran desprecio por la vida, e incluso un deseo secreto de morir para evitar todo lo desagradable que todavía me pueda suceder. Soy muy capaz de aterrorizarme por algo inesperado que actúa sobre mis nervios. Pero después de un cuarto de hora de reflexión, me comporto ante el peligro con una indiferencia completa.

Dormimos en el camino, y estábamos al día siguiente a las cinco de la mañana en el lugar indicado. Allí nos encontramos con el padrino del señor Duplessis, un tal señor Pillichody d'Yverdon, oficial como él en Francia, y que tenía modales y elegancia cuartelarios. Desayunamos juntos, pero pasaban las horas y el señor Duplessis no aparecía. Estuvimos esperándole inútilmente todo el día. El señor Pillichody estaba furioso y no dejaba de decir que jamás reconocería como amigo a un hombre que faltaba a una cita de aquella naturaleza.

—He tenido —me decía— mil asuntos parecidos, y siempre he sido el primero en el lugar indicado. Si Duplessis no está muerto reniego de él, y si se atreve todavía a llamarse mi amigo seré yo quien lo mate.

Se debatía de este modo en su caballeresca desesperación cuando llegó súbitamente uno de mis tíos, padre del primo que me había acompañado. Venía a salvarme del peligro que me amenazaba y se extrañó mucho al encontrarme charlando con el padrino de mi adversario y sin que este adversario se hubiese presentado. Después de haber esperado un poco más, decidimos volvernos. El señor Pillichody nos adelantó, y al pasar delante de la casa que habitaba el señor Duplessis, nos encontramos en el camino a toda la familia, que venía a presentarme sus excusas.

# Cronología de Benjamin Constant

## Nota

Para redactar esta cronología el traductor se ha basado en las siguientes fuentes:

Alfred Roulin, «Vie de Benjamin Constant». En: Benjamin Constant, *Adolphe, Le Cahier rouge, Cécile.* Gallimard, París, 2003, pp. 247-260.

Jean-Pierre Perchellet, *Chronologie de Benjamin Constant.* En: http://www.stael.org, web de la Société des études stäeliennes.

Hippolyte Castille, *The Project Gutenberg eBook of Benjamin Constant* (http://www.gutenberg.org).

Institut Benjamin Constant de la Universidad de Lausana (http://www.unil.ch/ibc).

Como muchos de los hombres y mujeres de su época y clase social, Constant tuvo una vida bastante agitada. Prototipo de ilustrado, fue un hombre de una actividad incesante y casi compulsiva, tanto pública como privada. Viajó por toda Europa, ocupó cargos públicos en distintos gobiernos, habló cuatro o cinco idiomas, fue amigo de los hombres y mujeres más célebres e influyentes de su tiempo. Jugador empedernido y amante obsesivo, se batió en duelo más de veinte veces, y se granjeó con sus panfletos políticos y sus discursos tantas amistades como enemistades. En esta cronología nos limitaremos a señalar sólo los hechos y episodios más relevantes de su vida, es decir, aquellos que dejaron una huella perdurable en él: viajes, obras, amores y amistades.

1767. Nace el 25 de octubre en Lausana, hijo de Louis-Arnold-Juste Constant de Rebecque y de Henriette-Pauline de Chandieu. El 10 de noviembre muere su madre.

1775-1779. Vive con su padre, alternativamente, en Bruselas, Lausana y Holanda.

1780-1784. Diversas estancias en Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda e Inglaterra. Conoce a Gibbon.

1785.Primera estancia en París. Primer amor de Constant por Madame Johannot.

1786. Se enamora de Madame Trevor.

1787. Conoce a Madame de Charrière en casa de Necker. Viaje a Inglaterra. Estancia en Suiza.

1788. Es nombrado chambelán en la corte de Brunswick. El 8 de enero, y en Colombier, se celebra, finalmente, su duelo con Duplessis, quien no había podido presentarse antes debido a unas fiebres.

1789. Matrimonio con Minna von Cramm. Estancia en Lausana.

1793. Inicia su relación con Charlotte de Hardenberg. Se separa de su mujer. Estancia en Colombier, en casa de Madame de Charrière.

1794. Encuentro con Germanie de Staël. Inicia sus estudios sobre religión.

1795. Comienzo de su actividad política. Se instala en casa de Madame de Staël en Mézery. Redacción de panfletos a favor de las instituciones republicanas. Dimite en la corte de Brunswick. El Comité de salud pública envía al exilio a Madame de Staël, quien se instala con Constant en Suiza. Divorcio de Minna von Cramm.

1796. Publica su primer panfleto político importante, *De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier,* impreso en Suiza. Encuentros con Julie Talma en París.

1797. Publica *Des effets de la Terreur.* El 8 de junio nace Albertine de Staël.

1798. Por la anexión de Suiza, se convierte en ciudadano francés. Se instala en París con Madame de Staël.

1799. Es nombrado miembro del Tribunal.

1800. Pronuncia su primer discurso de oposición en el Tribunal. Inicio de su apasionada relación con Anna Lindsay.

1801. Fin de su relación con Anna Lindsay. Se instala en Suiza con Madame de Staël. Conoce a Sismondi.

1802. Constant es expulsado del Tribunal.

1803. Proyecto de matrimonio con Amélie Fabri. Escribe su primer Diario: *Amélie et Germanie.* Viaje a Alemania con Madame de Staël, quien rechaza su oferta de matrimonio. Estancia en Weimar. Frecuentes encuentros con Goethe y Schiller.

1804. Inicia su *Diario íntimo.* Muere Necker. Estancia en Suiza y en París, donde vuelve a ver a Madame Talma. Nuevo encuentro con Charlotte von Hardenberg.

1805. Muere Julie Talma. Pasión renovada por Anna Lindsay y proyecto de

matrimonio con Charlotte. Muere Madame de Charrière.

1806. Comienza la redacción de los *Principios de política.* Estancias alternativas entre París y Rouan, donde reside Madame de Staël. Nueva pasión por Charlotte. Comienza la redacción de *Adolphe.*

1807. Nuevo exilio de Madame de Staël. Comienza *Wallenstein.* Acaba el primer *Diario íntimo.* Desavenencias con De Staël.

1808. Matrimonio secreto con Charlotte.

1809. Charlotte confiesa a Madame de Staël su matrimonio con Constant. Constant se reúne con Madame de Staël en Lyon a petición de ésta. Charlotte intenta suicidarse. Constant abandona a su mujer y vuelve con Madame de Staël. En diciembre, ratificación del matrimonio de Benjamin y Charlotte en París.

1810. Se instala en París. Probable redacción de *Cécile.*

1811. Constant y Charlotte viajan a Suiza. Alejamiento de Madame de Staël. Redacción de *El cuaderno rojo.* Viaje a Alemania con Charlotte.

1812. Muere su padre. Constant, miembro de la Société royale des Sciences de Göttingen.

1813. Comienza *Le Siège de Soissons.* Escribe *De l'Esprit de conquête et de l'usurpation.*

1814. Vuelta a París después de la caída del Imperio y de la abdicación de Napoleón. Encuentro con el zar Alejandro. Nuevo encuentro con Madame de Staël en París. Publica las *Réflexions sur les Constitutions, la distribution des pouvoirs et les garanties dans une monarchie constitutionelle*. Se enamora locamente de Madame Récamier. Comienza la redacción de *De la responsabilité des ministres.*

1815. Se produce el famoso episodio conocido como los «Cien Días» (*Cents-Jours*): desde el regreso del Napoleón exiliado en Elba hasta Waterloo y la restauración de Luis XVIII como rey de Francia. Entre tanto, violentos artículos de Constant contra el emperador, quien regresa a París. Constant es recibido varias veces por él y nombrado consejero de Estado. Redacta el *Acte additionnel aux constitutions de l'Empire.* Batalla de Waterloo, Napoleón abdica. El 24 de junio, Constant visita al emperador y, posteriormente, es condenado al exilio, aunque la orden será revocada por el rey pocos días después. Ruptura con Madame Récamier y reconciliación con Charlotte.

1816. Viaja con Charlotte a Londres. Publicación del *Adolphe* en Londres. Vuelta a París. Publica *De la doctrine politique qui peut réunir les partis en France.*

1817. Muere Madame de Staël en París.

1818. Da su primera conferencia en el Ateneo real sobre la historia de las religiones. Se rompe una pierna durante un paseo, lo que le dejará cojo para el resto de su vida. Publica el *Cours de politique constitutionnelle.*

1819. Es elegido diputado de la Sarthe.

1820. Publica el primer volumen de *Mémoires sur les Cents-Jours,* su historia de los «Cien Días».

1822. Publica la primera parte del *Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri.* Publica el segundo volumen de *Mémoires sur les Cents-Jours.* Fracaso en las elecciones. Se bate en duelo sentado en una silla.

1824. Es elegido diputado por París. Aparece el primer volumen de *De la religión.*

1825. Publica el segundo volumen de *De la religión.*

1827. Publica el tercer volumen de *De la religión.*

1828. Reúne sus discursos parlamentarios y los publica en dos volúmenes. Fracasa

su elección a la Academia.

1829. Publicación de *Mélanges de littérature et de politique.* Trabaja en un cuarto volumen de *De la religión.*

1830. Es reelegido diputado en Estrasburgo. Enfermo, se retira al campo. Publica el cuarto volumen de *De la religión.* Es nombrado presidente de una sección del Consejo de Estado. Vuelve a fracasar su elección a la Academia. El 19 de noviembre pronuncia su último discurso en la Cámara, a favor de impresores y libreros. Muere el 8 de diciembre en París, acompañado por Charlotte y su amigo Coulmann. El 12 de ese mismo mes se celebra un funeral de Estado. Constant es enterrado en el cementerio de Père-Lachaise.

BENJAMIN CONSTANT nació en Lausana en 1767. Durante su infancia y juventud viajó por toda Europa, estudiando en Baviera y Edimburgo. Fue uno de los hombres más populares y respetados, además de controvertidos, de su época. Tuvo numerosas amantes (la más conocida de ellas Madame de Staël), que serían muy influyentes tanto en su vida como en su obra literaria. En 1795 comenzó su actividad política, defensora de los derechos civiles y seguidora en parte del modelo liberal inglés. Fue partidario siempre de las monarquías constitucionales con poderes limitados y de la descentralización del estado. En 1798, por la anexión de Suiza, se convirtió en ciudadano francés. Defensor en un primer momento de la Revolución francesa, se opondría más tarde al régimen de Napoleón y sería, por ello, exiliado, aunque durante la última etapa del bonapartismo estaría cerca de éste. En 1819 fue elegido diputado. Murió en París en 1830, al poco de ser nombrado, tras la revolución de ese mismo año, presidente del Consejo de Estado.

Aunque dedicó muchos años y esfuerzos a estudios tan extensos como *De la religión considerada en sus fuentes, sus formas y sus desarrollos,* sus obras más perdurables son, amén del *Diario íntimo,* las novelas *Adolphe* y *Cécile* y sus memorias de juventud, recogidas en *El cuaderno rojo.*

# Notas

[1] Lema de Benjamin Constant. (*N. del t.*). <<

[2] Benjamin Constant, *Adolphe. Le Cahier rouge. Cécile.* Préface de Marcel Arland. Édition établie et annotée par Alfred Roulin. Gallimard, París, 2003, p. 281. (*N. del t.*). <<

[3] Émile Faguet, «Benjamin Constant». En: *Politiques et Moralistes du XIX siècle.* gallica.bnf.fr. pp. 187-255. (*N. del t.*). <<

[4] Charles Du Bos, *Grandeur et misère de Benjamin Constant.* Correa, París, 1946, p. 51. (*N. del t.*). <<

[5] Juego de azar. (*N. del t.*). <<

[6] Bebida de fuerte graduación alcohólica muy apreciada en la Inglaterra de entonces. (*N. del t.*). <<

[7] Antecedente escocés del futuro Partido Liberal británico. (*N. del t.*). <<

[8] Constant dejó un espacio en blanco que la primera edición rellenó, arbitrariamente, con la palabra «Rusia». (*N. del t.*). <<